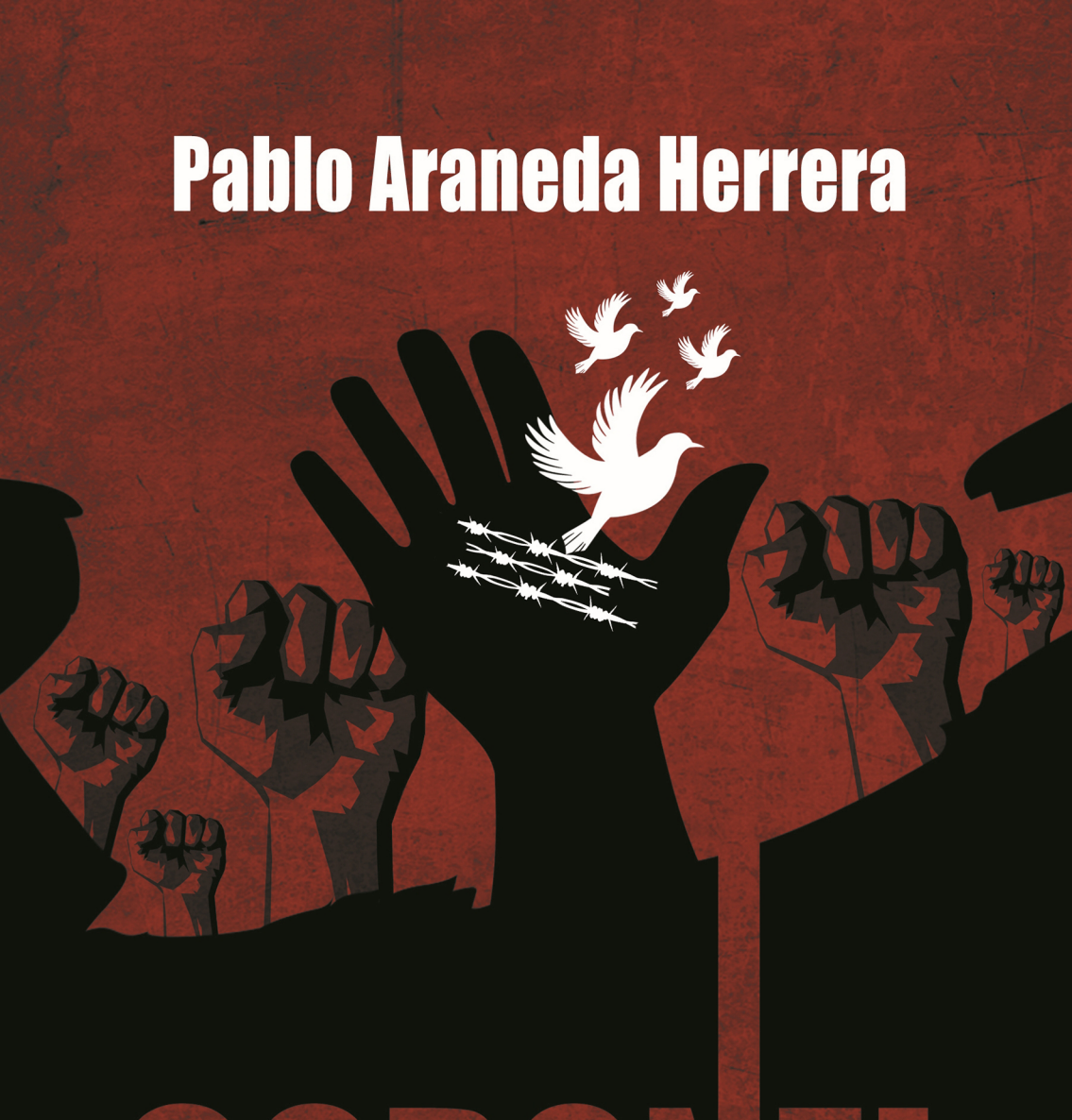
Pablo Araneda Herrera



CORONEL

Carlos Barrientos: el libertador del carbón

Tomo I

Pablo Araneda Herrera

CORONEL

Carlos Barrientos: el libertador del carbón

Tomo I

Datos generales:
Pablo Araneda Herrera
CORONEL
Carlos Barrientos: el libertador del carbón
1° edición, octubre de 2020.
220 ejemplares.
150 x 230 mm, 59 págs.

El presente libro posee propiedad intelectual.
ISBN: 978-956-401-626-9

Prohibida su comercialización o reproducción
sin autorización previa del autor.

Libro impreso en Chile por:
Ediciones On Demand, Santiago, 2020.

«Carlos Barrientos fue un moderno luchador
societario, por la generosidad de su corazón y ser franco
figurará al frente como defensor del proletario con ese
estandarte rojo que de nosotros es el encanto (…)
¡Oh, Carlos! Campeón y luchador infatigable, ya que
la tierra reclama tus despojos quedarán grabados
con tinta indeleble tus recuerdos y virtudes en el
corazón agradable de su amigo que te da el último
adiós con lágrimas en los ojos».

Poema de *Natalio 2° Romero*.
Hospital de Maule,
28/10/1921.

Introducción

Tradicionalmente hemos conocido ya bastante de la industria y la explotación del carbón como mineral de importancia y consumo a punto tal que podríamos bosquejar incluso las cantidades que desde el siglo XIX se explotaron de la tierra sobre la cual hemos sentado la ciudad del presente. Muchos de estos detalles numéricos pueden ser encontrados en los libros o artículos redactados sobre la historia del desarrollo minero e industrial. Basta con hojear y echarse a releer.

No obstante, es muy doloroso que nuestra propia historiografía local nunca se haya interesado por otros temas más sociales. Es una cosa obvia decir que detrás de cada industria existen tanto hombres y mujeres artífices de sus logros y grandezas. Por ende, es imposible comprender el proceso histórico de la gran actividad minera sin sus brazos rudos ni sus familias. De estos hoy solo nos quedan el pan de mina, el horno de barro y unas cuantas tradiciones religiosas que en si caracterizaron la cultura de un pueblo minero. Más allá de eso, no tenemos nada. Solo los vestigios materiales de la misma industria ya desaparecida y mineros luchando veinte años después del cierre del mineral por pensiones justas. El resto es la misma historia, la que se ha conocido y replicado ya tantas veces. La de levantar chiflones sin nombre para las fiestas culturales, la de exponer las mismas fotos, la de hablar y hablar del sufrimiento social solo por populismo. Es esta misma historia en la cual los pobres no tienen cabida. Mucho menos esos pobres que alguna vez «abrieron la boca» o «pusieron el pellejo propio» para defender a sus iguales, a los de su misma clase. A estos sujetos ni siquiera los conocemos.

No cabe duda de que la zona carbonífera fue tierra de obreros y dirigentes empoderados. Muchos de estos dejaron todo por sus hermanos, por sus compañeros. Hoy son solo una generalización citada al momento de decir esta zona es una zona de luchas sociales. Ni eso conocemos tristemente. Estos hombres y mujeres hoy están ya bajo tierra, enterrados por la miseria y el olvido, en tumbas sin nombre y en algunos casos ni siquiera existe lugar donde depositar una flor.

Es un verdadero honor personal poder hacer este breve trabajo que se adentra en las experiencias de uno de esos hombres que dejó

la vida por la emancipación de su clase social. Un obrero que vino de otra tierra, con otras costumbres, de otra tradición. Gozó del aprecio de los mineros y de sus mujeres, alguien que lo tuvo todo y lo perdió todo también por las consecuencias de sus ideales. Cuando conocí la historia de este hombre hace unos diez años atrás comprendí que la ciudad de Coronel también tenía la necesidad de conocerlo.

Este hombre se llamó Carlos Barrientos Cárdenas.

Joven, de unos treinta años, orador indiscutido, uno de los dirigentes más destacados en las huelgas de los años veinte. Su decidida pasión de defensor social fue conocida en toda la región al igual que su destino trágico y fatal.

Coronel, *Carlos Barrientos: el libertador del carbón* es el primero de varios trabajos que tienen por intención descubrir aquellos capítulos de la historia local que no han tenido el reconocimiento que se merecen y la valoración requerida para el futuro. Este primer tomo, fruto de una larga investigación, te lleva a recorrer parte de la vida y las problemáticas en las minas durante 1921, las huelgas y los movimientos sociales y, en especial, la vida de aquel insigne luchador que en su momento histórico fue uno de los más grandes expositores del obrerismo como también en la lucha contra las avaricias del empresariado minero. Su finalidad es poner en valor aquellas acciones que este dirigente hizo por su pueblo, ejemplo necesario para la actualidad justamente en momentos cuando la ciudadanía ha comenzado a manifestarse por sus problemas cotidianos y por la desigualdad que rige nuestra sociedad. Asimismo, también se busca demostrar que si existieron hombres en nuestro pasado minero que jamás le robaron a su clase, que jamás se vistieron de gloria ajena y que entregaron la vida por defender a los desposeídos.

Hombres como este pareciera que hoy no se pueden encontrar pero si su ejemplo está con nosotros de seguro podremos vencer los obstáculos y enemigos que dificultan el progreso de la sociedad y de nuestro país. De eso no me cabe duda.

Demos el paso y valoremos lo verdaderamente nuestro, lo que se nos ha legado para seguir luchando con más identidad que nunca.

El autor.

La vida en las minas

Septiembre de 1921 se despertaba anunciando con un radiante sol los albores de la primavera y las celebraciones de un aniversario más de la indolente república parlamentarista chilena. Asimismo, ya había transcurrido también un año de esa Gran Huelga que dio a los mineros el triunfo de la ansiada jornada laboral de ocho horas junto con el fin de las escuálidas fichas canjeables como medio de pago. El Diputado *Juan Pradenas* –destacado representante de los obreros en dicho proceso– recorría los establecimientos carboníferos de Lota y Coronel en compañía de dirigentes obreristas con la misión de constatar en terreno el cumplimiento de los acuerdos alcanzados con las luchas del año anterior y analizar detenidamente las condiciones de vida de los obreros y sus familias. En este viaje por el Departamento de Lautaro era acompañado por el Diputado *Luis Cruz* que, desde el norte salitrero, había querido visitar esta zona del país para conocer in situ su realidad social.[1]

El punto final de este recorrido era justamente Coronel.

Al arribar el ferrocarril en su vieja estación, los parlamentarios fueron recibidos por *Carlos Barrientos* y *Fidel Rodríguez*, destacados hombres de la dirigencia coronelina. Ambos serían responsables del recorrido local por los sectores de Puchoco-Schwager y Buen Retiro para concretar el recibimiento programado con altelación. No había tiempo para saludos holgados o conversaciones extendidas. Rapidamente se encaminaron hacia las minas.

A poco andar se encontraron con la desolación misma.

Pradenas, que ya conocía de cerca la vida en los arrabales de la ciudad, llenaba su libreta de apuntes. Cruz, por su parte, no salía del asombro silenciado rotundamente por el paisaje ante sus ojos.

> «Las habitaciones solo tenían el nombre de tales ya que, en algunas partes, los animales vivían incluso mejor que los obreros y sus familias.
>
> En Puchoco-Schwager, por ejemplo, en una caballeriza o establo junto a los bueyes y separados de estos por unas

[1] El Diputado Luis Cruz representaba a la zona de Tarapacá y Pisagua.

> cuantas tablas, vivían personas. Obreros, mujeres, niños y ancianos. Y lo que más asombraba aún: la cuadra para los animales tenía alumbrado eléctrico mientras que, en el cuarto contiguo, donde vivían esas familias, contaban solo con un par de chonchones de parafina que siempre expedían humo y desagradable olor.
>
> Para rematar: el piso de la cuadra de los animales tenía un espléndido pavimento. Por el contrario, la pieza ocupada por las familias tenía piso de tierra, lleno de hoyos, de tal manera que cuando llovía se formaban tremendos lodazales que hacían imposible la vida en ese lugar».[2]

En efecto, bastó solo un vistazo superficial para comprender las implacables condiciones de vida en este rincón de la Región Minera, quizás muy distintas a lo que se podía contemplar en otras latitudes de aquel territorio. El propio Pradenas –mientras conversaba con el resto de la comitiva– reconocía el espíritu algo más humanitario del administrador de las minas en Lebu por construir galpones con tres piezas para cada familia.[3] Salvo Buen Retiro, establecimiento carbonífero en el que las viviendas habían sido bien reparadas y pintadas de cal, la situación general de Puchoco y Coronel era por decirlo casi estremecedora.

> «En Coronel existía una serie de galpones divididos, a su vez, en 13 piezas. Cada familia ocupaba dos y en algunas ocasiones eran habitadas por seis personas y doce como máximo. Este fenómeno se acomplejaba todavía más en aquellos casos en que por la solidaridad popular bien se acogía a otros familiares y amigos en las mismas piezas. Los galpones de Coronel estaban diseñados para que los habitaran unas 1.500 personas pero, según se tenía por conocimiento, a veces contuvieron casi a 4.000.
>
> En Puchoco-Schwager este contexto era aún más crítico. Las habitaciones no daban abasto para las más de 2.000 personas y el suministro de agua bordeaba lo inhumano

[2] La Región Minera, Coronel, 01/09/1921.
[3] Idem.

> pues se estimaba la existencia de una sola llave por más de 200 personas; es decir, una llave por galpón. Además se trataba de aguas poco preservadas e insalubres.[4] Con la carencia de políticas de salubridad local, casi el 6% de los obreros sufría de anquilostomiasis –parásitos en los intestinos–, cifra que antes incluso había sido mayor».[5]

Otro de los grandes problemas que pudieron visualizar en esta visita fue el alto consumo de alcohol entre los mineros. Tanto Carlos Barrientos como Fidel Rodríguez expresaban sus preocupaciones al grupo y, representando la voz de los obreros adheridos a las organizaciones y de sus mujeres, solicitaron al Diputado Pradenas ejecutar una ley de «Zona Seca» para las ciudades de la Región Minera.

> «Era doloroso y triste ver como muchos compañeros, al momento de pagarse, van como pájaros sedientos a esas cantinas donde toman y toman sin advertir siquiera que el mismo alcohol les da más y más sed, al mismo tiempo que les llega al cerebro perdiendo su conciencia hasta el hecho de quedar botados en el suelo exponiéndose a ser robados, a ser llevados a la comisaría o bien a otras desgracias que traen desesperación a sus familias (…)
> Peor aún, después el alcohol que es muy venenoso se les mete a la sangre y a las carnes enfermándolos. Llega así ese día en que enfermos no pueden trabajar y no tienen a quien recurrir en esas situaciones».[6]

El propio Barrientos encabezaba el llamado a los obreros con el fin de impulsar la «guerra a los vicios». Desde su propio puño y letra emanaban diversos escritos que constantemente eran publicados en la prensa obrera local, apelando a la reflexión de la comunidad en su totalidad.

> «Que se abstengan, los hombres y mujeres, de trasladar vinos y licores que terminan envenenando la vida de las familias y de los propios compañeros. Que se abstengan todos de exigir que les vendan licor y de asistir a fiestas

[4] Según cifras y registros en la *Revista de la Habitación*. Chile, N°14, 1922.
[5] Jorge Rojas, *Trabajo infantil en la minería*. Chile, 1999, p. 402.
[6] La Región Minera, Coronel, 03/09/1921.

> donde gastan la plata que les puede ser útil para vestir a la familia y comprar lo necesario para sus casas (…)
> Respeten a sus compañeros y compañeras, protejan sus vidas y su salud. Sin salud la vida misma se hace todavía más terrible que la que llevamos atados salvajemente al yugo de la explotación capitalista».[7]

Un grupo de niños ingresando a los dormitorios quebró la tranquilidad de la visita. Descalzos, ennegrecidos y vestidos con harapos a maltraer, los mocosos habían emergido hace pocos instantes de la profundidad de los oscuros chiflones schwagerinos. Iban entrando a sus hogares cual hombres de prolongada edad sin sonrisa alguna en los rostros. Eran el fiel reflejo de vidas que en la infancia misma avisaban que ya se extinguirían irremediablemente con prontitud. Cruz pasó del asombro a la piedad en cuestión de segundos mientras que los dirigentes coronelinos le comentaban que la escena era parte del desgraciado paisaje de todos los días.

> «En la Región Minera los niños entran al trabajo casi a la edad que dejan de gatear. Y no es una exageración. Se ha visto a niñitos como de cuatro años que bajan a la mina. Si se les pregunta la edad te dirán que tienen ocho años, nueve o diez. Y es muy posible que sea verdad. Todo eso por la descuidada alimentación que tienen y por la mala habitación, además del maltrato inhumano que reciben en general. Nunca llegarán a desarrollarse normalmente como los niños de las clases acomodadas.[8]
> En Puchoco-Schwager, solamente, más de 200 niños son parte de las faenas mineras.[9] Los niños schwagerinos se visten siempre con lo mínimo, casi andan desnudos, sin ropas que cubran sus carnecitas.[10]
> En la mina, estos niños ocupan los puestos de aguateros, de apires o porteros. Los que tienen más edad, por decir en su juventud, van trabajando en otras faenas. Allí, por

[7] Idem.
[8] Según descripciones en la *Revista de la Habitación*, Chile, N°14, 1922.
[9] Idem.
[10] La Región Minera, Coronel, 03/09/1921.

> ejemplo, existen los huacheros que son empleados para empujar a mano los huachos o carros de reserva».[11]

Las precarias condiciones de la infancia en la zona dejaron perplejo al Ministro del Interior *Pedro Aguirre Cerda* cuando visitó Lota y sus minas un mes antes. El Ministro bajó incluso por los piques. El ir y venir de niños de corta edad por aquellos pasajes oscuros lo impresionó desagradablemente.[12] Se interesó muchísimo por suprimir dichas situaciones y trabajar para erradicarlas totalmente.[13] No obstante, a juicio de Barrientos, las compañías se negarían a eso debido a que para los capitalistas un joven de 18 años que entraba a laborar a las minas nunca podría desarrollarse como minero de calidad si se le comparaba a los niños que sí lo hacían desde temprana edad. Este planteamiento de los patrones, además de que esos niños en caso de tragedia fueran el único sustento de las madres viudas, propiciaba el trabajo infantil y su continuidad.

*****

Tras haber recorrido los recintos llegó el momento de la despedida. El Diputado Pradenas, encabezando la comisión, planteó frente a los dirigentes coronelinos la intención suya de proponer un férreo proyecto de ley para mejorar las habitaciones mineras.

> «Es necesaria la construcción de un modelo de vivienda independiente: una casa de tres o cuatro piezas que permita a las familias obreras vivir de una mejor forma. Las viviendas además deben tener cocina y baños propios y la tierra indispensable para el cultivo del jardín y la hortaliza. Esta casita debe ser propiedad de quien la habita y no de la compañía».[14]

Las tierras sobraban en la Región Minera. Pradenas calculaba el valor de un proyecto así y consideraba que unos 15 o 20 millones de la Caja Nacional de Ahorro –con garantía fiscal– servirían para cons-

---

[11] Rojas, *Trabajo infantil en la minería*… pp. 399-400.
[12] El Sur, Concepción, 15/07/1921.
[13] Idem.
[14] La Región Minera, Coronel, 03/09/1921.

truir casas como esta en Lirquén, Coronel, Lota, Curanilahue y Lebu. Por lo tanto, a juicio del mismo, un proyecto así sería viable en todas sus extensiones. Solo se requería el apoyo del Congreso en lo cual el Diputado Cruz también comprometió su apego a la iniciativa.[15]

El pito del tren anunciaba el fin de la conversación y los rostros de Barrientos y Rodríguez reflejaban la esperanza de todo el pueblo. Antes de partir, el Diputado Pradenas sugirió a Barrientos tomar en consideración los sucesos huelguísticos de los estibadores en Valparaíso para organizar también a los obreros de las minas.

El trayecto ferroviario hacia Concepción estuvo marcado por la conversación entre los parlamentarios. El Diputado Cruz quedó muy interesado por el encuentro con Carlos Barrientos de quien ya había tenido algunas referencias. Pradenas, que le conocía más de cerca, le comentó con certeza detalles de su ascenso como dirigente obrero y otras cuestiones que de su vida casi no se sabían. En medio de dicha conversación se evocaron las memorias y recuerdos de años atrás.

Las amargas situaciones vividas en Coronel y en las localidades de la Región Minera van a tener que esperar. Para la gran huelga del carbón fueron muchos gremios de la región y del país que apoyaron la causa justa de los mineros. Hoy correspondía a estos devolver esa mano compañera. Un nuevo conflicto había estallado en otra latitud de la delgada franja territorial. En consecuencia, septiembre del año 1921 será mes de solidaridad obrera.

[15] Idem.

Contexto y ascenso del dirigente

La vida del destacado compañero Barrientos parecía un enigma popular sin posible respuesta. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Era de Coronel? ¿Qué se conocía de su pasado? ¿Qué hacía antes de encaminarse como dirigente? Preguntas como estas de seguro rondaron las cabezas de hombres y mujeres de la Región Minera, y especialmente en Coronel, quienes le contemplaban con admiración y veían en este personaje el producto de la perfecta suma entre liderazgo, sabiduría y lealtad incuestionable con sus hermanos de clase.

En alguna ocasión incluso, hacia fines de 1920, la prensa obrera se comprometió a publicar un reportaje detallado sobre el dirigente, lo que incluiría, seguramente, datos biográficos mucho más certeros que lo especulado. Sin embargo, y pese a la expectación que se debió generar entre los lectores tras ratificarse dos veces el anuncio de su publicación, este reportaje al parecer nunca vio la luz.[16] Solo los más cercanos conocerían sus aspectos más íntimos y profundos.

Eso hasta ahora.

****

¿Qué se sabe de la vida de este dirigente?

Puede parecer una pregunta repetitiva y similar a la que quizás se hicieron los obreros coronelinos y de otras latitudes hace exactos 100 años. No obstante, es necesaria para realizar un contraste.

En más de algún relato de nuestra historia local se estableció la idea de que Carlos Barrientos habría nacido hacia 1893 en Coronel y que fue el líder de los mineros en la Gran Huelga. Además, cabe destacar, se le ha dado el título de haber sido el hombre de confianza de Luis Emilio Recabarren en la zona.

Y eso es todo lo que se sabe. No hay más.

Entre lo escueto y la nada misma ¿qué hay de cierto en aquello?

---

[16] En los ejemplares de *La Jornada* del 03 y 10/11/1920 se hace referencia explícita a la publicación de un reportaje dedicado de forma exclusiva a la vida de Barrientos como persona y dirigente. Sin embargo, los volúmenes siguientes no contienen este anunciado reportaje. Dicho periódico desaparecería posteriormente de escena.

Peor aún, los escasos antecedentes que se tienen son errados e inexactos y han sido replicados sin filtro alguno.

¿Quién era realmente entonces Carlos Barrientos?

Vamos al grano.

Carlos Alberto Barrientos Cárdenas[17] nació en el transcurso del año 1884 en Valdivia –o en sus alrededores–, hijo del matrimonio de Pedro Barrientos y Victoria Cárdenas.[18] El padre, campesino de toda una vida, poseía unas humildes tierras que laboraba para sostener a la familia y, de seguro, el propio Carlos aprendió desde su infancia el duro trabajo del campesinado sureño. El poseer tierras no los volvía para nada pudientes. Por el contrario, al menos no perecerían el frío y el hambre como otros desdichados que vagaban por los campos en busca de pan y abrigo. Allí crecería junto a los suyos. No existen más antecedentes de este periodo. No se sabe tampoco si tuvo hermanos o hermanas. Solo se puede deducir que estos fueron los años para el aprendizaje del campo, de sus labores y de sus tradiciones.

El sur de nuestro país ha estado coronado siempre de apellidos y costumbres europeas, propias de aquellas generaciones de colonizadores que hicieron sus enormes riquezas despojando a mapuches, huilliches y campesinos de las que habían sido sus tierras.

Tal sería también el desdichado destino de la familia Barrientos al cruzarse con un Terrateniente apellidado *Charpentier* que, con las influencias del poder a su favor, terminó por quitarles los terrenos y sus pequeñas propiedades.[19] Pedro Barrientos –el padre– no tuvo la fuerza para sobrellevar esta injusticia y, sin tierras ni posesiones, se lo llevó la muerte muy tempranamente a causa de la pena. Se desco-

---

[17] Nombre que aparece en registros civiles de la época.

[18] Su año de nacimiento es estimado según la edad que se proporciona en la prensa obrera al momento de su muerte lo que se reafirma en su registro de defunción que establece aproximadamente unos 30 años. Valdivia aparece registrada como ciudad natal en el mismo documento, situación reafirmada de igual manera a través de una serie de artículos publicados en la prensa obrera nacional después de su deceso. Un artículo de estos aparece en el periódico *La Jornada Comunista* de Valdivia y corresponde al 06/12/1922, a poco más de un año de su fallecimiento. En aquella ocasión lo presentan como a un hijo valdiviano que lideró a los mineros en Coronel.

[19] Al parecer se trataría del Terrateniente *Julio Charpentier*. El caso de las tierras de la familia Barrientos ha sido dialogado con el historiador *Manuel Lagos*, parte de su nueva investigación titulada *El despertar de los trabajadores del campo*.

noce el destino de la madre. Lo cierto es que Carlos –quizás después de haber trabajado como peón para algún fundo en la zona– decidió tomar lo poco y nada que tenía para partir definitivamente. Arribó a Coronel hacia 1916, dedicado al manejo y la reparación de carretas, sin saber que jamás volvería a su lugar de origen.

¿Cuál era el estado de la cuestión obrera hacia 1916 en Coronel y sus alrededores? ¿Qué pasaba con el movimiento social?

Volvamos un poquito al pasado pues es necesario.

Entre 1902 y 1907, en Coronel pasaba de todo.

Miles de obreros marchando, grandes huelgas, actos multitudinarios en las plazas, estandartes rojos enarbolados, fundación de las primeras organizaciones obreras, dirigentes obreros que triunfaron incluso en elecciones municipales y muchísimo más.

Tendríamos mucho que contar aún.

Basta con decir que en Coronel los obreros habían despertado.

Fueron los años más esplendorosos para la agitación social y la burguesía veía por primera vez a esta manga de explotados con ojos de preocupación. Y no era para menos.

La «Mancomunal de Trabajadores de Lota y Coronel» fue la primera organización de la historia carbonífera que pudo unificar a los mineros, herreros, carpinteros, mujeres, dirigentes políticos, comerciantes pequeños y personalidades locales para encabezarlos en sus petitorios y luchas. Se ocupó de comenzar a educar a los analfabetos a través de escuelas nocturnas, potenció el fútbol como herramienta de transformación en campeonatos exclusivamente obreros y apoyó a la mujer obrera en la creación de su primera asociación local. Bien podría contarles también que incluso, en agosto de 1904, algunos de sus principales dirigentes y obreros afiliados aunaron sus esfuerzos en la fundación de la «Primera Compañía y el Cuerpo de Bomberos» de Coronel, cosa que ni los más pudientes habían querido hacer.[20]

Vaya que sorpresas tiene este pueblo ¿o no?

---

[20] Para conocer más detalles de la fundación de la Primera Compañía y el Cuerpo de Bomberos de Coronel se puede revisar el libro de *Renato Araneda* titulado como *Un Gran Espíritu de Servicio. Historia y recopilación fotográfica de la Primera Compañía de Bomberos de Coronel 1904-2018*, estudio que justamente aborda la relevancia del movimiento obrero y de sus líderes en la creación de esta institución bomberil.

Como sería de explosivo el estallido obrero que lograron ganar, en 1903 y 1906, dos elecciones municipales seguidas, eligiendo a los candidatos del Partido Demócrata (PD) que, de igual forma, también eran actores relevantes de la dirigencia obrera.

¿Qué pasó con todo este contexto?

¿Es posible acaso que el movimiento que creó una compañía de bomberos, que organizó a la mujer proletaria y que incluso ganó dos elecciones municipales desapareciera repentinamente?

La respuesta puede sonar un poco crítica aunque no alejada del periodo y su realidad. Entendamos, y como les contaba, que esta fue la primera vez que se experimentaba la unidad social a ese nivel. No es de extrañar, entonces, que el movimiento pecara de inmadurez y, asimismo, no tuviera la experiencia necesaria para afrontar desafíos mayúsculos y a largo plazo, especialmente los obreros que no abandonaban el descontrol y el alcoholismo. La gran tarea revolucionaria estaba justamente en erradicar este tipo de males aunque, en efecto, la idea de «educar para organizar» sería mucho más difícil que combatir el analfabetismo o fundar instituciones de bien social.

«Pensábamos que nuestro único enemigo era el capital –se leía en la prensa obrera de aquellos años– pero está naciendo ahora otro enemigo más y son los mismos obreros».[21]

Por su parte, la claridad de los dirigentes obreros también tuvo episodios turbios. Se entrabaron torpemente en peleas y más peleas con sus opositores políticos, abandonando poco a poco la gran labor de educar a la masa. En resumen, se pusieron a hacer política para el aseguramiento de los puestos municipales en Coronel. Grave error.

Las huelgas fueron iracundamente reprimidas. Casi siempre las compañías mineras respondieron con sables y balas. Fueron más los caídos que los acuerdos alcanzados.

Y para colmo, lamentablemente, a inicios de 1909, *Luis Morales* –el fundador de la Mancomunal y el dirigente más importante que la historia carbonífera había tenido hasta entonces– murió en Coronel cuando solo tenía 30 años, víctima de una tuberculosis.[22]

---

[21] El Alba, Coronel, 10/05/1903.
[22] Araneda, *Un Gran Espíritu de Servicio*… p. 78.

Con los ánimos caídos, con una tarea cuesta arriba, con la mano dura de la burguesía, con dirigentes dedicados más a la política y sin el único líder capaz de dirigir fielmente al pueblo, finalizó la primera etapa del movimiento social en el carbón. A mediados de 1909 ni los periódicos obreros existían. Coronel volvía a la cortina de hierro. La Mancomunal de Trabajadores –más allá de sus logros locales ya descritos– solo fue una chispa que no pudo encender el carbón.

Paralelamente, mientras el movimiento social carbonífero daba los últimos coletazos de su primera etapa, a nivel nacional el Partido Demócrata se resentía profundamente. En dicho periodo eran considerados por ser el primer partido con orientación obrera y, tal como en Coronel y en otras ciudades del país, esa imagen se desmoronaría al poco tiempo. Muchos militantes comenzaron a manifestar su descontento con el camino trazado por el partido, situación que hace ya años había tensionado las relaciones internas. A juicio de los desencantados, la colectividad había privilegiado la política eleccionaria y las alianzas con otros partidos para asegurarse solo cargos públicos, abandonando las ideas de la «emancipación política y económica del pueblo» por las que se había fundado el partido mismo. Y aquello no eran quejas infundadas. En 1906, varias personalidades demócratas reconocidas apoyaron la candidatura de *Pedro Montt* quien, ya en su cargo de Presidente de la República un año más tarde, masacró a los 3.000 pampinos en la «Escuela Santa María» de Iquique. Y para más remate, en 1911, el PD sostuvo un acuerdo nada más ni nada menos que con el Partido Conservador, una cuestión imperdonable para un partido que, hasta entonces, se consideraba defensor de los obreros.

A mediados de 1912, las tensiones en el PD no dieron para más y un importante grupo de militantes nortinos presentó su renuncia, acusando que la agrupación había preferido unirse a los partidos de clase capitalista y, en consecuencia, enemigos de los trabajadores.[23] Este grupo de demócratas marginados, encabezados por *Luis Emilio Recabarren*, dará vida al Partido Obrero Socialista (POS) en junio del mismo año, teniendo como propósito «la emancipación de los trabajadores y el fin de las diferencias entre clases sociales».

[23] Jorge Barría, *El movimiento obrero en Chile.* Chile, 1971, pp. 43-44.

El nuevo partido obrerista forjado en el norte chileno comprenderá que las organizaciones previas a su nacimiento habían sido casi inútiles frente al amplio poder de los grandes empresarios y que las constantes negociaciones entre estos y los obreros en situaciones de huelgas solo condujeron a perpetuar aún más la explotación laboral y las míseras condiciones de vida de los sectores más humildes que, en su defecto, eran los que producían las riquezas a costa del pellejo propio. Urgía un cambio de rumbo radical.

En el transcurso de 1913, los militantes socialistas ingresaron a la Federación Obrera de Chile (FOCH) que existía desde 1909.[24] Para ese entonces, la FOCH solo había aspirado a aglutinar bajo su alero a los obreros ferroviarios y sus funciones no habían sido distintas a lo que las organizaciones pasadas habían mostrado, ofreciéndose para intermediar entre patrones y empleados. Cuatro años más tarde, los socialistas inspirados fuertemente en el pensamiento de Recabarren van a tomar las riendas de esta organización y en el periodo de 1917 a 1920 la convertirán en una colectividad «multigremial» con la idea de unificar a todos los obreros explotados en los diversos rubros del país.

¿En qué consistía el pensamiento socialista de Recabarren?

¿Cuál era su mensaje y sus intenciones en esta etapa?

Básicamente, puedo contarles que el «socialismo chileno» en la década del veinte aspiraba a modificar esas defectuosas costumbres que sostenían la esclavitud obrera. El mensaje de Recabarren no era para nada una cuestión científica y tozuda. Por el contrario, apelaba en primer lugar al «mejoramiento moral» de la clase trabajadora; es decir, que el cambio social no podía desarrollarse sin antes impulsar el perfeccionamiento cultural de los obreros, satisfaciendo sus necesidades de vida más apremiantes.[25] Lo anterior implicaba conseguir la justicia social, la eliminación de las desgracias, erradicar los vicios y males de los obreros, la educación popular, el progreso colectivo e individual, la felicidad humana y, en palabras del propio Recabarren

---

[24] Idem.

[25] Francisca Durán, *El discurso socialista en la Federación Obrera de Chile: lucha discursiva y juego de lo hegemónico, residual y emergente 1913-1919*. Tesis para optar a Magister en Historia, Universidad de Chile, 2016, pp. 203-204.

socialista, «la aspiración a que la humanidad fuera un hogar dichoso y feliz, donde todo sea amor, arte, justicia y libertad».[26] Podría parecerles un tanto utópico. Bastante en realidad. Sin embargo, este discurso revolucionario que hablaba sencillamente del derecho natural de los hombres y mujeres pobres a vivir en una sociedad más justa y mejor fue el que conquistó a las bases. «La meta eran las estrellas».

La FOCH pasaría a tener un papel crucial, involucrándose en los llamados a huelgas y los petitorios laborales. Los Consejos Federales se fueron multiplicando de norte a sur. Obreros, pampinos, mineros, mujeres y campesinos se unieron a estos. La figura de Recabarren se alzaba recorriendo el país en tren, a caballo o a pie. Se había convertido claramente en el referente de la clase trabajadora. Su ejemplo y su inteligencia eran aplaudidas en cada lugar donde le esperaban las multitudes. Se ganó el cariño del pueblo trabajador. Nadie podía dar motivos para cuestionar su lealtad. Nunca se robó un peso, tampoco escatimó en el costo personal y familiar que la labor dirigencial bien le demandaba. Era un tipo legal, de los mejores que este país parió.

Con la «Revolución Rusa» en octubre de 1917 se avivó aún más la incipiente llamarada de la clase obrera del mundo. Los socialistas chilenos se impregnaron de los nuevos ideales emanados desde este gigante asiático que antes parecía dormido y que ahora se declaraba socialista.

¡Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan!

¡La unión hace la fuerza!

¡La emancipación de la clase trabajadora debe ser la obra de los trabajadores mismos!

Las consignas internacionalistas se replicaron en los periódicos y discursos. La segunda etapa –ahora más madura– del movimiento obrero y social había comenzado. Sin embargo, pese a su magnitud y envergadura, tardaría aún unos cuantos años más en llegar a la zona carbonífera y especialmente a Coronel.

Nuevos dirigentes vendrían a encabezar la dura tarea de hacer de esta pequeña pero productiva región chilena un puño cerrado.

Había mucho trabajo por hacer.

---

[26] Idem.

****

Era ya 1920.

Muchos años de silencio habían transcurrido.

La llovizna del domingo 7 de marzo no impidió la congregación de más de 1.500 obreros en la Plaza de Armas de Coronel que desde todos los gremios llegaron hasta este punto para una gran asamblea pública.[27] El espíritu de a inicios de siglo volvía a recorrer las calles.

Ya no había inquietudes, solo decisión.

La gran convocatoria había sido realizada por el recién fundado «Consejo N°1» de la Federación Obrera de Chile en Coronel para dar a conocer los principios, propósitos y aspiraciones de la nueva organización local que a nivel de país ya tenía una solidez única entre los trabajadores de las diversas áreas productivas de la mano de líderes indiscutidos como Luis Emilio Recabarren.

Los hombres aplaudían con efervescencia total los discursos de sus «nuevos dirigentes» que los encabezarían en las metas comunes de la población obrera. Entre estos líderes destacaban unos cuantos políticos demócratas de trayectoria ya reconocida como *Juan Vargas Márquez* y Juan Pradenas. Vargas había sido reelegido Secretario del PD local y se desempeñaba además en el oficio de redactor de periódicos como «La Razón» y «El Pueblo» en Coronel. Pradenas, por otra parte, era ya un reconocido representante de los obreros en lugares como Talcahuano y también en esta ciudad, colaborador estrecho en las funciones de Vargas y los demócratas coronelinos que revivieron la línea más obrerista del partido en esta zona después de su caída y separación producto de las circunstancias ya conocidas.

A los mencionados anteriormente se sumaban figuras como las de *Luis Hernández* y Carlos Barrientos, dos jóvenes representantes y agitadores que recién se iniciaban en la justa defensa de los obreros. Hernández era un humilde zapatero idealista y militante de la causa socialista. Barrientos, por su parte, era quizás el dirigente que había hecho su camino «partiendo de la nada misma». De su antiguo oficio de carretero había heredado la experiencia de trabajar con maderas.

[27] El Pueblo, Coronel, 14/03/1920.

Al llegar a Coronel encontró trabajo como «carpintero» en las minas de carbón. Cuando tuvo la posibilidad de hablar en alguna ocasión al resto de los hombres solo recibió el desprecio por ser afuerino.

¡Que tiene que opinar este maricón aquí! –manifestó más de un minero– ¡Que se calle! ¡No tiene derecho a hablar!

Fueron las mujeres las que le dieron una mano. Las escuchó, las entendió y aprendió de ellas las dificultades de la vida en esta tierra. En diciembre de 1916, una huelga de mujeres sorprendió a todos. El sector de Puchoco-Schwager vio desfilar a casi 500 esposas e hijas a raíz del aumento del precio de la harina y de otros alimentos.[28] Tras solicitar una audiencia con la compañía desde esta les manifestaron la necesidad de contar con un representante. El único en ofrecerse a modo de interlocutor fue Carlos Barrientos quien logró que la administración detuviera estas alzas y fijara precios más razonables. Esta victoria lo catapultó inmediatamente como dirigente y sus pares por fin comprendieron la grandeza de su persona. En adelante sería uno de los más respetados líderes.

> «Al compañero Barrientos le cupo una gran actividad en los movimientos obreros. Siempre se le veía al frente de todos sus compañeros. Su palabra enérgica y honesta se escuchaba con atención. Siempre decía lo que sentía. No tenía temor a nadie ni a nada».[29]

Vargas, Pradenas, Hernández y Barrientos fueron algunos de la serie de nuevos nombres que encabezaron las oratorias de aquel día domingo en la Plaza de Armas de Coronel, recibiendo el aplauso y el cariño de los congregados. El Consejo N°1 de la FOCH en esta ciudad entraría rapidamente en actividad.

****

La jornada del domingo 7 de marzo en Coronel no fue una mera casualidad y sus propósitos quedaron implícitos en los discursos del nuevo grupo dirigencial. «Apoyar a como diera lugar a los hermanos de Curanilahue que iniciarían una huelga al día siguiente».

---

[28] La Razón, Coronel, 14/12/1916.
[29] La Región Minera, Coronel, 20/10/1921.

En efecto, meses atrás, los mineros de Curanilahue presentaron una serie de propuestas a la compañía «Los Ríos» que no tuvieron la respuesta deseada. El día lunes 8 de marzo iniciaron una huelga con un petitorio de 14 puntos que se extendió el martes 9 a las minas de Plegarias y Colico.[30] En el transcurso del mismo día, los minerales de Lota y Coronel también se declararon en huelga.[31]

Todas las ciudades mineras tuvieron sus petitorios particulares teniendo como base lo reclamado en Curanilahue. No obstante, cabe señalar que la entrada de Lota y Coronel al conflicto terminó por dar la cuota de radicalidad al petitorio inicial basado generalmente en el aumento salarial. Tras la radicalización, el petitorio se centró principalmente en cinco ejes relevantes para entender el proceso.

1) Aumentos salariales: no es necesario explicarlo pues se comprende fácilmente. En algunos casos, y acorde a las funciones dentro de la mina, se pedían aumentos que fluctuaban entre un 40% y 50% en relación a los míseros sueldos que existían a la fecha.

2) Fin de fichas y vales: para que bien se comprenda, les cuento que al minero le pagaban con fichas y vales que solo eran canjeables en las pulperías –o almacenes– de las mismas compañías. Usarlas en otro lugar era considerado como un «delito» en el periodo.

3) Jornada laboral de ocho horas: basta con señalar que cotidianamente el minero podía llegar a trabajar un turno de casi 16 horas. Para colmo a veces fines de semanas enteros bajo la mina. Por ende, se solicitó la implantación de una «jornada fija de 8 horas diarias».

4) Cumplimiento de la Ley de Accidentes en el Trabajo.

5) Que las compañías mineras reconocieran a los Consejos de la FOCH como «organizaciones válidas» de los obreros.

El día 14 de marzo, Carlos Barrientos se dirigió en tren hasta la vecina ciudad de Lota para ayudar a los mineros en la labor de crear el Consejo N°1 de la FOCH en dicho lugar, una semana después de la gran concentración realizada en Coronel. El Consejo N°1 de Lota fue encabezado por *Pedro M. Cerda* como Secretario General y *Guillermo Vidal* en calidad de Subsecretario.

---

[30] El Pueblo, Coronel, 14/03/1920.
[31] Idem.

¡Se había armado la cosa!

Los mineros no pararían en esta nueva cruzada.

Tan imponente sería la expansión del movimiento que solo una semana más tarde se informaba que 9.300 hombres se encontraban en huelga con posibilidad de sumarse otros 1.250.[32]

Toda la «Región Minera» había vuelto a despertar.

Era el inicio de la «Gran Huelga» de 1920.

****

Nunca se había visto una huelga de esas dimensiones.

Marchas, actos multitudinarios, nuevos Consejos Federales que se creaban, cientos de obreros despedidos por las compañías, numerosas familias desalojadas de sus hogares en represalia. Un sinfín de hechos que se vivieron en aquel largo proceso que se extendió hasta al mes de mayo. Más de ochenta días de intensas movilizaciones.

La enorme presión ejercida por los huelguistas llevó a las compañías a tener que aceptar la idea de «sentarse a negociar», cuestión a la que se habían negado rotundamente incluso pese a los llamados de las autoridades a establecer una «Junta de Conciliación» entre los involucrados en el conflicto. Al concluir abril, finalmente, los empresarios y obreros acordaron someterse a un «Tribunal Arbitral» para aceptar la resolución que este emitiera. El día 15 de mayo se publicó el primer fallo que dio un «triunfo relativo» a los obreros.

1) Se acordó aumentar los sueldos entre un 10% y 30%, menos de lo que exigieron los obreros en sus pliegos.

2) Se abolió el sistema de pago en fichas y vales en quincenas.

3) Se estableció el pago mensual.

4) Compromiso de facilitar el aceite gratis para las lámparas de los barreteros.

5) Se aconsejó la jornada laboral de ocho horas en el interior de las minas y de nueve horas para la maestranza del ferrocarril.

Sobre la jornada laboral, especialmente, el primer fallo también tuvo una posición muy ambigua tras aclarar que sería imprudente y poco recomendable modificar las costumbres laborales establecidas

[32] El Mercurio, Santiago, 15/03/1920.

de la noche a la mañana. Aun así, los mineros vieron los acuerdos en forma triunfal. Por primera vez sus demandas habían sido obtenidas a través al menos del reconocimiento. Tras una gran celebración, los huelguistas retomaron sus faenas concluido el fallo. Por su parte, las compañías hicieron todo lo posible por negarse a cumplir los requerimientos ganados durante los meses posteriores y una tensa calma reinó con incertidumbre toda la zona. Un segundo fallo, en el mes de octubre del mismo año, dio a los obreros el triunfo anhelado.

«La jornada laboral de ocho horas se convirtió en realidad».

¡Los mineros ganaron esta gran batalla! ¡Un triunfo histórico!

La implementación de la jornada laboral de ocho horas para las minas de carbón fue uno de los hitos más relevantes del movimiento obrero chileno en todo el siglo XX.

«Por primera vez en la historia de nuestro país los trabajadores lograban esta verdadera hazaña». Y que no les quepa duda: nuestros antepasados fueron los gestores de la proeza obrerista, aquí, en esta ciudad, en Coronel.

Vargas, Pradenas, Hernández, Barrientos y tantos dirigentes de este proceso pasaron inmediatamente al salón de la fama. Obreros y mujeres aplaudieron sus nombres y vitorearon consignas para estos que lideraron a toda la Región Minera. A inicios de 1921, Pradenas y Vargas serían alzados y elegidos como Diputados de la República.

Carlos Barrientos se asentó definitivamente en esta zona que le vio liderar entre otras cosas la toma de los chiflones de Schwager en medio de la huelga junto a 600 obreros armados con palos. Sobre su vida personal cabe destacar que contrajo matrimonio con la compañera *Laura Visquerth*, joven oriunda de la zona con quien se radicó a vivir en el sector de La Colonia.

Terminado el conflicto, Barrientos fue designado para dirigir la fundación del «Consejo N°2 de Obreros de Puchoco-Schwager», asumiendo como su Secretario General durante el segundo semestre de 1920 y reelegido en el mismo cargo para 1921, periodo en el que los obreros del carbón abandonarían momentáneamente sus conflictos para obrar en beneficio de las problemáticas sociales de su pueblo y de las luchas de otros hombres en el país.

El ejemplo de la solidaridad emanaría también desde las minas.

Solidaridad obrera y sucesos personales

Entre los años 1903 y 1921, los principales puertos en el litoral chileno serán escenarios de diversos conflictos sociales. En el transcurso de dicho periodo, las faenas portuarias concentraban toda una amplia dotación de hombres dedicados a movilizar los cargamentos de diversas especies con solo la fuerza de sus brazos hacia vapores y buques mercantes de compañías nacionales e internacionales. No es de extrañar que una vida de prolongado sobresfuerzo físico, bajo sol y lluvia, los convirtiera en obreros de implacable aspecto y rudeza.

La esforzada labor cotidiana de estos obreros se dividía en tres pasos característicos: los cargadores eran responsables de trasladar la carga desde las bodegas a los muelles empleando solo la fuerza de sus brazos y hombros; después los lancheros en embarcaciones con remo acercaban la carga hacia el costado de las naves. En el interior, las cuadrillas de jornaleros o estibadores tenían la función de poder acomodar la carga manualmente. Todos estos hombres eran contratados indirectamente por el capitán de navío a contratistas ya especializados para esta faena. Estos últimos, siempre representados por sus propios capataces, se encargaban de reclutar a la gente de mar o a los hombres que realizarían las labores respectivas. Como pueden imaginarse, en este proceso de selección primaba la arbitrariedad y, al momento de elegir, contratistas y capataces priorizaban a la gente más servil y complaciente, castigando a los elementos subversivos o agitadores sin la posibilidad de acceder a este trabajo.

Para que hablar de la situación laboral. Basta con señalar que el sueldo de los capataces se originaba a raíz del recorte realizado a las míseras ganancias de los obreros quienes ejecutaban la dura labor.[33] De manera antagónica, el contratista podía llegar a embolsar más de la mitad del cobro total por embarque. Estas formas de implementar las contrataciones fueron acumulando el malestar y la rabia.

---

[33] Existen diversos estudios para comprender la situación de los estibadores en los puertos chilenos a inicios del siglo XX. Para dichos efectos se recomienda el artículo de Camilo Santibáñez titulado *Los trabajadores portuarios chilenos y su experiencia con la eventualidad: conflictos por la redondilla en los muelles de salitre (1916-1923).* Chile, 2017.

Hacia 1916 una escalada de huelgas en los puertos de Iquique y Antofagasta culminó con la implementación de un nuevo sistema de contratación denominado como la «redondilla» que posibilitaba a la Gobernación Marítima el nombramiento de los hombres empleados para las faenas por orden alfabético. Capataces y contratistas, en ese sistema, ya no tenían injerencia alguna en la selección debiendo solo dirigirse a la autoridad marítima para solicitar la mano de obra destinada para muelles y bodegas.[34] La redondilla favoreció claramente a las organizaciones obreristas –como las «Federaciones Marítimas» en el norte– para querer «aspirar la abolición completa» de la figura de los contratistas y dejar el producto del trabajo en manos de ellos, sus legítimos dueños.

Los obreros portuarios de Valparaíso querrán replicar también la redondilla organizándose en la «Industrial Workers of the World» (IWW), manifestando en 1921 conquistar lo mismo que sus compañeros del norte salitrero a través de paros cortos y boicots para presionar a las autoridades y a los capitalistas.

Por su parte, los capitalistas navieros lanzaron una contraofensiva a las pretensiones de la IWW y, hacia agosto de 1921, crearon la «Asociación General de Comerciantes» (AGC) en Valparaíso y su táctica fue aplicar el «lockout» o paro patronal: si la gente de mar paralizaba las faenas, las agencias navieras decretaban también el cierre de sus funciones y, de esta forma, el paro obrero perdía sus efectos y ese tiempo servía justamente para purgar a huelguistas y agitadores sociales. La AGC abrió bolsas de trabajo con obreros sin empleo cosa que bien permitía a los capataces contar con mano de obra para reanudar posteriormente las faenas sin los obreros en huelga.[35] Aquella respuesta patronal motivó a que la IWW uniera fuerzas con la FOCH, organizaciones que a inicios de septiembre anunciaron paralizar las ciudades del país para que el Presidente *Arturo Alessandri*, en su calidad de máxima autoridad, cumpliera sus promesas con los obreros y echara las bases de la revolución social que tanto pronunció en sus discursos de campaña. El león tenía que cumplir a como diera lugar.

---

[34] Idem.
[35] Idem.

Los mineros del carbón entrarían también a la huelga.

La solidaridad era parte de los nuevos principios de la FOCH en la Región Minera. Era momento además de devolver la mano a estos hombres que los apoyaron en la gran huelga del año anterior.

*****

En las ciudades mineras también existía gente de mar dedicada principalmente a las labores de embarque del carbón. En Coronel, la masa de trabajadores en este rubro era bastante amplia en términos numéricos si se considera que tanto el mineral de Schwager y Maule sumado al de Buen Retiro –a cargo de la compañía lotina– se movilizaba por ferrocarril hasta los puntos de embarque en la bahía donde aguardaban los vapores de ambas compañías. El sistema de turnos y contratos era también el de la redondilla, aplicado equivocadamente por la autoridad marítima regional que no comprendió que este solo había sido fijado para el caso de los muelles salitreros del norte.[36]

Hacia 1920, los portuarios coronelinos gozaban de mala fama y su nivel organizativo era muy precario en comparación a lo que bien acontecía en los puertos nortinos. Constantemente existían rencillas entre «blancos» y «rojos». Los primeros caracterizados por ser obedientes de la autoridad y los segundos como elementos agitadores y subversivos. La conciliación entre ambos bandos parecía imposible.

El mal contexto de la gente de mar cambiaría recién a inicios de 1921. El 9 de enero se celebró un gran mitin con motivo de la ilustre visita de Luis Emilio Recabarren a la zona, instancia en la que concurrieron más de 2.000 personas.[37] Dicha ocasión fue aprovechada por los portuarios para tratar de poner fin a las asperezas entre bandos. El que abrió la manifestación fue Carlos Barrientos quien a través de su discurso instó a los compañeros a formar el Consejo Federal N°7. Las palabras de Barrientos calaron profundo y 30 hombres tomaron parte de la fundación de esta nueva organización local.[38] No cabe en duda que Barrientos era ya también todo un dirigente de masas.

---

[36] Idem.
[37] La Región Minera, Coronel, 11/01/1921.
[38] Idem.

Hacia septiembre de 1921 los ánimos enardecieron ante la nula respuesta del gobierno en torno a las problemáticas de Valparaíso y la gente de mar. Un mes antes la AGC puso en marcha el lockout y la IWW dio pie también a una huelga. El día 5 de septiembre los portuarios de Talcahuano agrupados en la IWW se declararon en huelga y en apoyo a sus compañeros del puerto grande.[39] La FOCH, que tenía ya un acuerdo de colaboración mutua, no tardaría en solidarizar.

El 16 de septiembre, a las 6:00 de la mañana, inició la huelga en la Región Minera adhiriendo al llamado de los federados en Santiago y de otras ciudades en solidaridad con los porteños aunque por solo 24 horas como advertencia a las autoridades.[40] El mismo día se llevó a cabo un grandioso mitin en la Plaza 21 de Mayo en presencia de la masa de obreros federada de Coronel en número de 8.000 personas. Asistieron a esta jornada tanto los Consejos de Puchoco, Maule y los Consejos de Molineros y Campesinos.[41]

¡Abajo el traidor de Alessandri! ¡Que cumpla las promesas! ¡No más mentiras y engaños al pueblo! ¡Que cumpla ese mentiroso!

Los gritos de repudio al gobierno no se hicieron esperar en los momentos en que los dirigentes leían un telegrama enviado directamente por el propio Presidente Alessandri.

¡Quemen ese mensaje! ¡No queremos más promesas falsas!

Acto seguido, y en cumplimiento del pedido popular, el compañero *Antonio Maestre* –del Consejo N°2 de Puchoco– prendió fuego a la nota, situación que fue aplaudida y vitoreada por la masa.[42]

La base de la bella torre con su reloj sirvió como tribuna para el pueblo obrero. Diversos dirigentes tomaron la palabra y Barrientos, como ya era de costumbre, destacó por su encendido discurso. En su alocución felicitó a los presentes por aquella grandiosa convocatoria y tuvo críticos mensajes para la gestión del mandatario respectivo, a quien acusó por no cumplir las mejoras sociales que anhelaba justamente el proletariado chileno.[43] Antes de finalizar la intervención, el

[39] La Región Minera, Coronel, 10/09/1921.
[40] La Región Minera, Coronel, 17/09/1921.
[41] Idem.
[42] Idem.
[43] Idem.

destacado representante manifestó su preocupación por las míseras condiciones de vida del pueblo abandonado por la patria y su temor de que la represión desmedida culminara en una gran masacre.[44]

Los Diputados Pradenas y Cruz también tuvieron su espacio en aquel improvisado estrado, aprovechando justamente a leer además las conclusiones del mitin. El documento redactado por la dirigencia local hacía un llamado a la solidaridad con los compañeros de Valparaíso y demandaba al Presidente Alessandri que como prueba de su patriotismo cumpliera sus promesas de campaña, especialmente, en momentos en que en el país los hambrientos corrían por las pampas salitreras y los albergues para pobres en Santiago ya no podían más.

En la tarde de ese mismo día, los dirigentes volvieron a ratificar lo antes expuesto, agregando que seguirían de cerca los sucesos que se relacionaban a la huelga de la IWW en Valparaíso y otros puertos. La Región Minera fue declarada en estado de alerta. Si el Presidente y los capitalistas navieros no accedían a las peticiones obreras junto a reintegrar a la gente de mar al trabajo, se declararía una huelga de carácter «general e indefinido» en todos los yacimientos.[45]

La solidaridad había quedado más que expresada al igual que el ánimo de llevarla hasta las últimas consecuencias.

*****

En medio del contexto de la huelga portuaria, algunos acontecimientos van a involucrar de lleno a Barrientos como el protagonista. El 22 de septiembre, el destacado dirigente tuvo que viajar a Curanilahue para llevar un informe a la Junta Departamental de la FOCH de Arauco, detallando el incidente que tuvo en Coronel con el Diputado Vargas un día antes del magnífico mitin. Vargas –que en la huelga de 1920 se había alzado como fiel representante obrero, lo que le valió para llegar a ser parlamentario– estaba siendo acusado por la FOCH a raíz de su desinterés en el último periodo con las huelgas y por ser poco eficaz ante sus pares a la hora de defender a los trabajadores y sus familias. Algunos incluso lo acusaban de difamar a la FOCH entre

[44] Idem.
[45] La Región Minera, Coronel, 18/09/1921.

los obreros de otras regiones. Los más radicales solicitaban que este fuera expulsado de las filas obreras. Justamente Barrientos tuvo una discusión acalorada sobre estas cosas con el parlamentario referido, teniendo que rendir una declaración sobre este suceso acompañado de varios testigos que contemplaron también la indiferencia total de Vargas al saber de la jornada que se realizaría en Coronel en apoyo a la IWW y a los portuarios. Simplemente, no le importaba. «Para esto tienen a Pradenas –manifestó Vargas con tono altanero–, yo le rindo cuenta a mi partido solamente».[46] El informe de Barrientos contenía justamente críticas hacia las actitudes de Vargas en el último tiempo y tenían que ser presentadas ante la FOCH de Arauco ya que esta era la zona representada por el aludido parlamentario.

El viaje de Barrientos a Curanilahue para aclarar este suceso no fue para nada fácil. Minutos antes de emprender el regreso fue apresado por policías de aquella localidad quienes lo obligaron a dejar el asiento en el tren apuntándolo con un revolver.[47] Posteriormente se le llevó hasta el cuartel respectivo en donde fue interrogado por uno de los oficiales de más alto rango quien lo acusó de una estafa en los alrededores de Valdivia. Barrientos negó tales circunstancias ante el oficial que parecía estar en completo estado de ebriedad. En vista de que no tenían más pruebas para corroborar la acusación respectiva, Barrientos fue puesto en libertad al cabo de una hora.[48] Queda clara la intención de este acto que no fue más que otro amedrentamiento.

Cuestiones así no detendrían al dirigente. Lamentablemente, su viaje de regreso tuvo que posponerse hasta más tarde y ya de noche pudo arribar a Coronel y a su hogar en La Colonia. No obstante, en la humilde morada el contexto no era para nada alentador. El pequeño *Carlitos 2°* –hijo del matrimonio de Barrientos y Laura Visquerth– se encontraba en muy mal estado de salud. Días atrás el niño mostraba síntomas de fiebre y tos que a la noche del día 22 habían empeorado progresivamente. A estas alturas, su temperatura era extrema y por su ya frágil cuerpo comenzaban a surgir los sarpullidos rojos que no hacían más que evidenciar el diagnóstico de una cuestión grave.

---

[46] La Región Minera, Coronel, 24/09/1921.
[47] Idem.
[48] Idem.

La alfombrilla –conocida también como sarampión– coincidía a la perfección con el estado del menor. Diez días era el promedio que tardaba esta enfermedad para mostrar los efectos de la infección del virus que para el caso de los bebes o niños podía llegar a ser fatal. La fiebre y la tos evolucionaban desfavorablemente y el sarpullido rojo podía llegar a extenderse por todo el cuerpo manteniendo los signos ya mencionados al extremo de la gravedad. Muchos no se salvaban.

Barrientos corrió hasta la casa de Fidel Rodríguez para pedirle a su compañero que fuera inmediatamente a solicitar la cooperación de algún médico local. Rodríguez cumplió su cometido y llegó acompañado más tarde por el Doctor *José del Carmen Riquelme*. El médico aludido –originario de Yungay, veterano de la Guerra del Pacífico en 1879 y fundador del Cuerpo de Bomberos de Coronel– se destacaba por colaborar voluntariamente cuando las pestes azotaban la ciudad y siempre en beneficio de los más desposeídos. Riquelme se tomó el tiempo debido para examinar al niño y corroboró el diagnóstico.

Su hijo tiene alfombrilla –afirmó Riquelme– y es muy grave. Les sugiero que puedan trasladarlo hasta el hospital. Yo no puedo hacer nada más –sentenció–, lo lamento mucho.

Laura estaba desbordada. Barrientos contemplando al pequeño sabía que mucho no se podía hacer. Era imposible llevarlo hasta una de las salas del hospital de la compañía. Mucho menos un agitador o alguien que viviera en La Colonia. De saber la procedencia del niño y de sus padres se negarían a atenderlo. La compañía no ampararía al hijo moribundo de un dirigente. Jamás lo harían. Además era posible que no soportara el trayecto hasta Maule. Así perecían los pobres en esos años. No había hospitales para la atención de todos y en el caso de que existieran tampoco había mucha compasión con los obreros.

Sin mirarse o decirse alguna palabra, el matrimonio entendió la situación. No quedaba más que dar cuidados paliativos al menor por si algún milagro pudiese presentarse aunque a veces ni Dios parecía estar en el hogar de los más pobres.

Carlitos 2° prosiguió su agonía durante varias horas. La tos casi pareció desaparecer por un momento pero solo para dar lugar a sus débiles quejidos. Pocas fuerzas le quedaban. Respiraba lentamente y la congestión ganaba a cada minuto. Los paños fríos ya no servían.

La noche había transcurrido dando paso a la madrugada del día 23 de septiembre. Barrientos se acercó hasta el menor esperando su momento de despedida. Aún permanecía con los ojitos abiertos, casi como reconociendo la figura de su padre. No había sonrisas o gestos infantiles como en otros días. Como previendo estar acompañado, la respiración del niño se extinguió fatalmente con su dolor. Carlitos 2° que solo tenía unos meses de edad partió de esta tierra. Su pequeño cuerpo no pudo ser velado como un angelito. Fue depositado en una cajita de madera sellada para impedir cualquier otro contagio.

Cientos de personas acompañaron a la joven pareja en su dolor. Al día siguiente, desde La Colonia, partió el cortejo con los restos del pequeño fallecido hasta el cementerio local.[49]

La muerte de Carlitos 2° a causa de la alfombrilla anticiparía un peor escenario que azotaría a los sectores más humildes y la muerte que tanto presagiaba Barrientos en su discurso se haría presente en la zona para desencadenar el llanto. Nuevos sucesos enlutarían a las ciudades mineras y uno de estos, especialmente, sería la más grande masacre en la historia del movimiento obrero carbonífero. Lota, una de las localidades vecinas, sería el escenario destinado para aquello.

[49] Idem.

La matanza

El sol de la tarde estaba pronto a desaparecer. Aún, pese a que se acercaba ya la noche, en la Plaza de Armas de Lota la población se esparcía después de otra tediosa jornada laboral en las minas. Unos sentados en las bancas disfrutaban algún cigarrillo, otros de pie conversando de la faena o próximos a caminar hacia alguna de las abundantes chicherías cercanas a beber como de costumbre. Se iba así el sábado 1 de octubre de 1921. Nada parecía fuera de lo normal.

En la Parroquia San Juan Evangelista –hacia el oeste, frente a la plaza– el Padre *Bruno Delpouve* esperaba a una pareja de novios que vendrían a verlo para una boda a escondidas de los progenitores. El Padre Bruno era respetado y querido por el pueblo lotino. Era originario del pequeño poblado de Allouagne en Francia, lugar que lo vio nacer en 1872 con el nombre verdadero de Agustín. A los 18 años se integró a la corriente de los Agustinos de la Asunción fundada por el Padre *Manuel d´Alzon* en 1850, adoptando su denominación de hermano Bruno. Hacia 1892 se fue a Jerusalén para realizar los estudios de filosofía y teología, recibiendo su orden de Sacerdote en 1896. Su camino religioso finalmente lo condujo a Chile en 1898 para hacerse cargo del templo de los agustinos en Los Andes. En este lugar, Bruno –desempeñándose como Superior– dejó una enorme gestión, cariño y reconocimiento. Fueron muchos años de trabajo hasta que ya en el transcurso de 1921 le propusieron viajar a Lota para asumir la labor de Párroco. Sabía de esas condiciones sociales difíciles que se vivían en la zona carbonífera. Aun así, con mucha humildad, no lo dudó.

Los novios finalmente llegan y el Padre Bruno, con todo su gran carisma, los invita a pasar a su oficina para la charla religiosa previa. El Padre Morand –que secundaba a Bruno en la parroquia– se quedó contemplando un momento el ir y venir de las personas en la plaza.

Común era que muchas veces las conversaciones entre obreros pasaran a discusiones algo más acaloradas y que también en más de alguna ocasión terminaran yéndose a las manos. Y justamente, aquel día, en plena plaza, dos mineros se enfrascaron duramente en medio de un intercambio de garabatos. No era más que una friega de palabrotas con harta efusión. El resto de las personas incluso gozaba con

risa la escena grotesca de estos dos personajes. Todos sabían que en la ocasión no habría puñetes ya que, como bien dictaba un dicho del saber popular, perro que ladra no muerde. Aun así, considerando ya el final que tendría el suceso, se mantenían atentos en el caso de que alguno pudiera terminar tumbado en el suelo.

En la época, y en algunas ciudades, existían ya «Regimientos de Carabineros» dependientes del Ejército mismo. Tal era el caso lotino en el que compartían funciones también con las policías a sueldo de la compañía minera. El cuartel estaba ubicado frente a la plaza, en la cuadra hacia el este. Era una construcción solida de dos niveles muy remozada en comparación de los otros edificios locales.

Cuando la escena de los dos mineros ya concluía, una pareja de carabineros montados se acercó al lugar. Se bajaron de sus caballos y con carabina en mano comenzaron a dispersar a los espectadores.

Estos dos son los revoltosos de mierda –dijo uno de los carabineros, apuntando a los dos mineros involucrados–, hay que llevarlos al cuartel.

Los mineros se resistieron a la medida, acusando de que no era necesario. Los carabineros insistieron, amenazando con más fuerza.

¡No se resistan! –gritó el otro carabinero– ¡Les sacaré la chucha aquí mismo, ni pa' pararse les va a dar el cuero!

Cuando se aprestaba para agarrar a culatazos a los mineros, los espectadores volvieron a la carga. Los carabineros, viéndose acorralados por la turba, comenzaron a retroceder.

¡Si no se van les voy a correr bala! –exclamó uno– ¡No se metan! –agregó el otro– ¡Váyanse pa' sus casas! ¡Ahora, mierda!

La gente no retrocedió. Por el contrario, lanzaron toda clase de garabatos. La pareja montada se puso en posición de disparo y dedo en el gatillo ni la advirtieron una segunda vez. El más altanero de los uniformados percutó su arma. El disparo sonó en seco y silenció a la masa. La bala fue a dar directamente al pecho de uno de los espectadores que cayó como un costal con el rostro hacia el suelo. La sangre del caído corrió por las baldosas. Pese a los auxilios prestados por la gente nada se pudo hacer. Murió allí, en plena plaza.

El momento de socorro fue aprovechado por los verdugos que, montándose rápidamente a sus caballos, abandonaron el lugar para

dirigirse a la seguridad que les ofrecía el cuartel. El trágico acontecimiento no terminaría ahí. La gente, enardecida por este vil asesinato cometido, se posicionó frente al cuartel maldiciendo desde el alma a los uniformados.

¡Asesinos del pueblo! –gritaban– ¡Bestias de mierda! ¡Perros de los ricos!

Y de los gritos pasaron a las piedras. Cuando una de estas fue a dar de lleno a la ventana del oficial a cargo, la cosa se recrudeció aún más. El Teniente Laiseca –oficial de más alto rango en la ocasión– se levantó furioso de su escritorio, tomando encabritadamente el sable de mando. Salió del cuartel y con el resto de la tropa se colocó frente a los manifestantes.

¡Les doy un minuto a todas las mierdas para irse! –exclamó con furia– ¡No tendré clemencia ni con mujeres ni con niños!

La respuesta de la masa fue una pedrada que por poco no le dio en el rostro. Encolerizado hasta los huesos, levantó el sable.

¡Apunten! ¡Fuego!

El grito fue secundado por una descarga de fusilería que resonó en todos los sectores aledaños. Inmediatamente, más de treinta personas cayeron heridas revolcándose en los adoquines. Un charco de sangre se esparció por varios metros de la calle. Todos corrieron en la más absoluta desesperación para resguardarse. El llanto de niños y madres se escuchaba alejándose a la distancia.

Por su parte, con absoluta tranquilidad, el Teniente Laiseca se dio el tiempo de pasearse entre las víctimas para contemplar el producto de su orden y el dolor de estas. Solo cuando los carabineros se replegaron a su cuartel, la gente se volvió a congregar en el lugar en la misión de auxiliar a los heridos. Ocho murieron en el acto y veinte quedaron con heridas de diversa consideración.[50]

Cuando atendían a las víctimas, el grito desconsolado del Padre Morand desde las puertas de la parroquia enmudeció a todos.

¡Auxilio! ¡Le dispararon al Padre Bruno! ¡Se muere, auxilio!

En efecto. Una de las balas perdidas rebotó en algún muro y fue a dar de lleno a la frente del sacerdote que minutos antes bendecía a

[50] La Región Minera, Coronel, 09/10/1921.

los novios en su despacho. Su cuerpo moribundo dejaba escapar sus últimos quejidos. La ayuda de algún médico cercano que corrió ante el llamado de auxilio fue en vano. El Padre Bruno, que llevaba pocos meses en Lota, murió a manos de los mismos verdugos del pueblo.

Nueve fueron las víctimas en total contando al sacerdote.

La noche caía definitivamente en Lota con su manto de muerte.

****

Los funerales se llevaron a cabo el martes 4 de octubre durante el transcurso de la mañana. Aproximadamente once mil obreros encabezados por 19 estandartes rojos de los Consejos Federales acompañaron el cortejo desde la plaza hasta el cementerio lotino. Aquella mañana, ninguna bandera chilena había sido izada. Esto como señal de protesta diplomática por la muerte del sacerdote francés que aún era velado en la parroquia que lo cobijó por última vez.[51]

Las muestras de dolor se replicaban por todo el camino. Viudas e hijos habían quedado en la más absoluta desolación. ¿Qué sería de ellos? ¿Cómo sobrevivirían ahora si la compañía decide echarlos a la calle? Nadie encontraba respuesta ni consuelo posible.

En el cementerio los enardecidos discursos quedaron impresos como lápidas en la mente de los congregados. Hizo uso de la palabra el Diputado Juan Pradenas quien aprovechó la ocasión para criticar al gobierno de Alessandri. Manifestó que solo se había cambiado de administración pero que el régimen seguía siendo el mismo, incluso mucho peor que el del sinvergüenza Sanfuentes que gobernó el país antes que este nefasto mandatario.

Seguidamente tomó la palabra el compañero Carlos Barrientos, representando a todos los mineros de Puchoco. No escatimó costo al condenar fervientemente a los militares, al gobierno y a clericales.[52] Después también apeló al sentimiento de convivir con la desgracia y la muerte todos los días. Su mensaje fue el único capaz de golpear el corazón de los asistentes. Hizo retumbar las tumbas.[53]

---

[51] Idem.
[52] Idem.
[53] Idem.

Al finalizar, se acordó la realización de un mitin en Coronel con la intención de manifestarse en contra de este violento suceso. A eso del mediodía del mismo martes 4, más de dos mil lotinos desfilaban por calle Manuel Montt con dirección a la Plaza de Armas de Coronel junto a sus respectivos estandartes rojos y encabezados por bandas de músicos entonando himnos sociales. Hasta delegaciones de Curanilahue se hicieron presente.[54]

Dos horas después, ya ubicados en la plaza coronelina, el compañero *Roberto Rojas* –Secretario General de la Junta Departamental de la FOCH– abrió la manifestación, dedicando sentidas palabras en torno a la actitud criminal de los capitalistas. También se dio tiempo para recordar al poeta José Gómez Rojas, encarcelado y muerto hace ya un año.[55] Le siguieron Eulogio Gutiérrez desde la pampa salitrera y la compañera *Micaela Troncoso* representando también al Consejo Femenino N°1 de Schwager. Micaela protestó contra los asesinos del pueblo e hizo un llamado a todos los proletarios a instruirse a través de la prensa obrera.[56]

Posteriormente, Carlos Barrientos tomó la palabra para invitar a todos los presentes a dirigirse a la Plaza 21 de Mayo sitio en el que se leerían las conclusiones de la jornada. El documento fue leído por el propio Barrientos. Se le solicitó al Presidente Alessandri castigar a los culpables de estos crímenes, el traslado del Teniente Laiseca y la separación o el traslado también del Sargento Osorio, reconocido por perseguir constantemente a los obreros de Schwager. Este petitorio fue firmado por los dirigentes lotinos y coronelinos, figurando entre estos el mismo Barrientos. Posteriormente, el documento fue puesto en manos del Gobernador Departamental finalizando así esta manifestación en completo orden.

Al día siguiente, miércoles 5 de octubre, se realizó el funeral del Padre Bruno Delpouve. Durante tres días, miles de personas se acercaron a la parroquia a despedirle. La inscripción de su lápida quedó para siempre grabada en la historia.

«Que la sangre del inocente traiga la paz al pueblo que le llora».

---

[54] Idem.
[55] Idem.
[56] Idem.

La viruela

La muerte no se iría de la zona. Por el contrario, extendería ese manto oscuro y ahora lo dejaría caer sobre los sectores humildes de Coronel. Justamente, a inicios del mes de octubre, la viruela aparecía en la ciudad causando estragos en la población trabajadora.

La «viruela» era una de las enfermedades más devastadoras de las que conocían hasta entonces en el devenir de la humanidad, alterando incluso el curso de civilizaciones enteras. Tan oscuros podían llegar a ser los relatos sobre esta que mucha gente afirmaba que por sí sola había matado a tantos millones y que su mortandad superaba la de todas las otras enfermedades infecciosas juntas. Es por eso que al momento de brotar algún caso cundía rápidamente el pánico y los malos augurios. Coronel, en especial, sabía ya de varios capítulos en los que la peste maldita le había arrebatado la vida a muchos.

A ciencia cierta, la viruela tiene sus causas en el virus variola de características altamente contagiosas entre personas. En sus inicios, sus síntomas podían ser muy parecidos a los de la gripe al presentar fatiga, fiebre alta, malestares físicos y dolores de cabeza. Muchos no se preocupaban cuando presentaban estas condiciones pues las asociaban a los resfríos comunes. Sin embargo, pasados cuatro días, los síntomas descritos empeoraban y pronto comenzaban a aparecer en la boca las erupciones como manchas rojas que al multiplicarse por el rostro y el resto del cuerpo se convertían en llagas abiertas en tan solo 24 horas, llenándose posteriormente de líquido espeso. En este punto, no existía tratamiento alguno. Los cuidados solo eran el consumo de líquido y paños húmedos para bajar la alta fiebre que, en la situación más grave, llevaba a la muerte. Los que sobrevivían a todo el proceso lucían en sus cuerpos las horrendas cicatrices que deformaban la piel y los miembros, cosa que no era para nada anormal de observar especialmente entre los más pobres.

Al viernes 14 de octubre, la viruela se había masificado peligrosamente en el sector de Puchoco-Schwager. Se registraban ya nueve muertos y 238 infectados.[57] Nadie tomaba cartas en el asunto. Por el

[57] La Región Minera, Coronel, 16/10/1921.

contrario, cuando cosas así sucedían la respuesta de las autoridades y de las compañías mineras era «solo imponer la represión». En este caso, por ejemplo, la única medida adoptada por la Gobernación y el Municipio había sido destinar un contingente militar que tendría las obligaciones de acordonar sectores como los de Puchoco-Schwager, La Colonia y Jureles para impedir así que los pestosos transitaran al centro urbano de la ciudad.[58] Jamás iban a permitir que esos desgraciados e infelices infectados pudieran tener contacto con los acomodados y pudientes del poblado. Ni campañas de salubridad ni mucho menos elementos para combatir la peste estaban en los planes de la administración local a corto plazo.

«Las autoridades y las compañías no prestan ningún auxilio».

«No hay donde recurrir para que la población no sea arrasada».

Varios días atrás, la prensa obrera ya alertaba de la situación al igual que los dirigentes de los Consejos Federales quienes incluso se habían dado el tiempo de solicitar ayuda al gobierno.[59] No hubo una respuesta. Solo militares como ya se había mencionado.

Para colmo, muchos de los factores que ampliaban el contagio y la propagación de la peste estaban justamente en las ya reconocidas condiciones de vida de los obreros. No existían lugares médicos que permitieran aislar a los enfermos, las inmundas cloacas construidas por las compañías, las chimeneas de las pobres pocilgas que durante el día podían llegar a temperaturas de 40°, calles que jamás se veían limpias, entre tantas cosas. En resumen, las consecuencias de la avaricia de los capitalistas.[60]

Lo que más alertó a las dirigencias obreras fue la situación que conllevaban los fallecidos que se habían mantenido por días enteros en sus mismas casas, pudiendo infectar así a todos.[61] Habían además casos alarmantes como el de Pablo Camaño, víctima de una altísima fiebre y que, al no tener el auxilio de nadie, llegó incluso al punto de infringirse un gran corte en la cabeza.[62]

---

[58] Idem.
[59] Idem.
[60] Idem.
[61] Idem.
[62] Idem.

Ante la indiferencia política y empresarial, tuvieron que ser los Consejos Federales los que lideraran el combate contra la peste. Era deber de los dirigentes obreros puesto que, finalmente, los muertos estaban en sus propias filas. El Consejo N°2 de Puchoco-Schwager se organizó rápidamente por órdenes de Carlos Barrientos quien encabezó una comisión especial para exponer el grave problema ante los administrativos de la compañía. Había que volver a intentarlo, no se podía permitir tanta despreocupación.

La comisión se presentó a las 10 de la mañana del sábado 15 de octubre, teniendo que esperar casi dos horas para ser atendidos por el mismísimo administrador en persona. Sin tapujos ni resquemores los dirigentes le expusieron al patrón que los casos de variolosos se estaban multiplicando y que temían que la población pudiera llegar a ser arrasada. Agregaron además, con preocupación, que hasta este momento no se había hecho nada.

Señor administrador –agregó Barrientos–, más allá de todas las diferencias que podamos tener y de que esta administración no nos reconozca como representantes válidos, es un deber de la compañía actuar rápidamente ante esta grave situación. ¡Puchoco podría desaparecer por completo sino se hace algo ya!

Las palabras de Barrientos dejaban en evidencia la gravedad de la situación. Por su parte, el administrador, casi recostado en su silla elegante, aún no daba señas de gran preocupación. Tras exponer los dirigentes la necesidad de construir desinfectorios para la población minera ya fuera en la entrada de chiflones o pulperías, el patrón aseguró que ya había llegado un par de elementos que serían utilizados en Maule y Puchoco.

Construiremos algunos cajones de madera –agregó con su gran autoridad– para que caiga una persona con toda comodidad y pueda desinfectarse. Es lo más que puedo ofrecerles.

Antes de retirarse los dirigentes, y como para mejorar la oferta realizada, les regaló una bolsa de un kilo con bolitas de neftalina. La neftalina era empleada en dicho entonces para eliminar ratas u otra plaga en las habitaciones aunque su uso podía incluso fomentar más problemas de salud entre las personas. Además, con solo un kilo, no se hubiera podido atender la necesidad de todos. Así lo entendieron

los dirigentes que a regañadientes se hicieron de la bolsa. Al menos, y como en otras ocasiones, no se iban con las manos vacías. Peor era irse con absolutamente nada.

¡Hijo de la gran puta! –manifestaba con odio Fidel Rodríguez de la comisión obrera, casi al borde de las lágrimas– ¡Maldito avaro!

Tranquilo compañero –dijo Barrientos–, tranquilo. No pierda la compostura. Saldremos de esta, tenemos que ponernos a trabajar. Si la compañía nada hace nosotros nos encargaremos de erradicar esta peste y exterminarla por completo.

Barrientos se encargó de levantar los ánimos con trabajo y más trabajo. Dio por creadas las «Brigadas de Servicio Sanitario» a cargo del Consejo N°2, censaron a toda la población de Puchoco-Schwager, La Colonia, Jureles y los muelles para determinar el avance de dicha peste ya que ni las autoridades habían hecho eso. Además entabló el contacto con las damas de la «Cruz Roja» de Coronel, fundada recién en el transcurso de 1920. Las voluntarias de esta institución prontamente se pusieron a realizar colectas en la ciudad para poder cubrir los gastos. Fueron las únicas abnegadas bienhechoras que quisieron colaborar de lleno, incluso arriesgando sus propias vidas al visitar a los desdichados enfermos y convalecientes.[63]

Todo lo anterior descrito fue informado en la prensa obrera. De igual forma, Barrientos también envió varios telegramas solicitando ayuda. Uno de estos fue dirigido a la Federación de Estudiantes en la capital para intermediar su cooperación ante la carencia de medios.

> «Hoy mismo por cuenta de la Federación Obrera envíen en comisión a un doctor que traiga desinfectantes y pulverizadores ya que, hasta el momento, aquí solo hay un poco de azufre.
>
> Carlos Barrientos, Secretario General».[64]

Otro de los telegramas fue enviado a la Junta Departamental de la FOCH, adjuntando la lista de útiles de aseo y otros elementos que el Consejo N°2 requería urgentemente para combatir la peste en los sectores antes aludidos.

---

[63] Idem.
[64] Idem.

«Nómina de utensilios y de remedios que el Consejo N°2 solicita para combatir la viruela:
1) Una bomba para desinfectar casas.
2) Cuatro pulverizadores.
3) Un aparato para desinfectar billetes.
4) 20 kilos de té Hamburgo.
5) 10 kilos de sal inglesa.
6) 2 kilos de ácido de limón.
7) 5 kilos de cebada de perla.
8) Un quintal de azufre.

Carlos Barrientos, Secretario General».[65]

Los elementos requeridos eran los que siempre se ocupaban en este tipo de situaciones. El té Hamburgo era empleado comúnmente por sus cualidades de potente laxante aunque en combinación con el limón, para este caso, bien podía servir como infusión para calmar y remediar algunos malestares como la fiebre y los ardores. La cebada perlada –aparte de utilizarse para la elaboración de cerveza– poseía muchas propiedades desintoxicantes y antinflamatorias al igual que la sal inglesa, esta última, empleada a través del baño para relajar la piel y las dolorosas yagas que caracterizaban a esta peste.

La adquisición de estos elementos no era algo complejo pero lo que podía complicar su compra eran las grandes cantidades que por la alta demanda poblacional se requerían con suma urgencia. Por los motivos señalados es que Barrientos intentaba por todos los medios posibles conseguir cualquier tipo de ayuda que pudiera sustentarlos en la ardua labor. Entre el viernes 13 y el sábado 15 no descansó un solo momento. Envió telegrama tras telegrama a todas las organizaciones obreras y sociales que pudieran cooperar. Recorrió hogares y viviendas desde Maule a La Colonia, visitando a enfermos y familias. El lunes 17 no sería distinto pues había mucho trabajo por hacer. Al menos esa fue la impresión que dejó en sus compañeros que ya en la tarde del domingo 16 le vieron partir algo más cansado pero con las convicciones intactas. Una leve sonrisa inmortalizaba su rostro.

Nada hacía presagiar lo que vendría. Absolutamente nada.

---

[65] Idem.

La muerte

Sabido era por todos que Carlos Barrientos era constantemente seguido de cerca por hombres con intenciones funestas. No era para nada extraño en el periodo. Las compañías mineras utilizaban todas las vías posibles para amedrentar a dirigentes y obreros que se atrevían a abrir la boca en contra de la explotación laboral. Jueces, carabineros, políticos y policías privados estaban al servicio de los viejos intereses capitalistas. Y si estos no lograban atemorizar lo suficiente a los más revoltosos, las compañías vencían la disciplina dirigencial con unos cuantos pesos, poniendo de su lado a hombres que habían pasado por las filas obreristas. Los sapos eran los menos aunque no había que confiarse. Mucho más peligrosos podían ser los «sicarios» que por plata eran capaces de dar vuelta a cualquiera.

Barrientos había pasado por eso y mucho más. Aparte de haber sido encarcelado injustamente por ochenta días, en el transcurso de noviembre de 1920 fue acusado de intentar asesinar al gerente de la compañía en un atentado terrorista como lo tildó la prensa más conservadora. La casa de Barrientos fue allanada completamente por la orden del Juez *Arturo Laiz Verbal*. Jamás estuvo involucrado en esto, ni la más mínima prueba tenía la justicia local para poder culparlo. Y es que su único delito era ser cooperador de la FOCH pero como por eso no podían llevarlo a juicio lo habían convertido en el eterno perseguido o en el paganini de todo. Cualquier cuestión la dejaban caer sobre sus hombros.[66]

Más grave aún que la cárcel o las injurias contra su persona era el hostigamiento del Sargento Osorio de Schwager. Apenas tenía una oportunidad, apuntaba a Barrientos con su revolver dándole señales de amenaza. Había otros que gozaban perseguirle a plena luz del día y en cualquier momento. Uno de estos ya había advertido a sus colaboradores que cuando estuviera solo apuñalaría al dirigente con un gran cuchillo que escondía entre sus ropas.[67] Comprenderán así que Barrientos se jugaba hasta la vida por defender a los obreros.

---

[66] La Jornada, Schwager (Coronel), 14/11/1920.
[67] Idem.

El lunes 17 de octubre, a las 7:45 de la mañana, Barrientos dejó a su esposa en casa y partió con rumbo a la sede del Consejo N°2. En pocos minutos llegó hasta dicho lugar y se situó en el escritorio de la oficina principal a revisar la contabilidad de los recursos que bien se destinarían para combatir la peste mientras aguardaba la llegada de los otros dirigentes federados.

En efecto, casi a las 9:00 horas, los dirigentes Fidel Rodríguez y Antonio Maestre llegaban a la sede para la junta acordada. Entraron y les pareció extraño no encontrar a nadie en el humilde salón principal. Se dirigieron a la oficina y la escena que presenciaron en aquel sitio les remeció hasta el alma. Sus rostros palidecieron en el acto.

Sentado, con la cabeza posada sobre el escritorio, yacía sin vida el cuerpo del Secretario General Carlos Barrientos. Su rostro estaba cubierto de sangre aún tibia, mostrando los indicios de que una bala habría penetrado por su sien derecha traspasando el cráneo de lado a lado, alojándose finalmente en su mano izquierda.[68] Una nota en el escritorio, con letra parecida a la del fallecido dirigente, daba causas para pensar en un posible suicidio.

> «No es cobarde quien se mata. Cobardes son los que han de vivir en el egoísmo. ¡Mortales! Pregúntate para qué y por qué respiráis en vida. No tengo deudas. El que cobre será un infame. A las ocho y media.
>
> Carlos Barrientos».[69]

Rodríguez cayó de rodillas a un costado del escritorio donde se encontraba su extinto líder, ensangrentándose el pantalón con aquel extendido charco de sangre que emanaba desde el cadáver. Maestre, destruido igualmente pero más sereno, se alejó del sitio mortuorio y partió en búsqueda de la policía local. La llegada de los uniformados alertó a todos los habitantes de La Colonia que se aglutinaron afuera de la sede. En el interior, la policía confirmaba el suceso. El oficial de más alto rango contemplaba la nota y reafirmaba sin más vueltas las causas de la muerte.

Se suicidó –manifestó duramente–, es un caso cerrado.

---

[68] La Región Minera, Coronel, 20/10/1921.
[69] Idem.

Cuando la visión del oficial parecía finiquitar la situación, desde su estado lastimoso, Rodríguez tuvo un breve momento de lucidez y se percató quizás del detalle más relevante que nadie había considerado en este fugaz peritaje.

¿Dónde está el arma? –interrogó a los presentes–, ¿Dónde está? ¡Si se suicidó debe haber un arma y no la veo aquí!

Efectivamente, la bala que liquidó al dirigente debió dispararse con un revolver que, dada la casualidad, no se encontraba en el sitio.

El oficial ordenó que todo aquel que no fuera uniformado debía retirarse de la oficina. En las afueras de la sede, Maestre con muchos sentimientos encontrados comunicaba a los vecinos que el dirigente Carlos Barrientos yacía muerto en el interior. Nadie podía creer que el querido representante de los obreros hubiera fallecido. El llanto y la desconsolación se apoderó de todos en el lugar. Algunos elevaron plegarias en su nombre y otros comenzaron a especular. La tesis del suicidio se propagó rápidamente y entre los comentarios las causas más relevantes parecían centrarse en la pena producto de la muerte de su pequeño hijo poco tiempo atrás o en el estresante contexto del dirigente eternamente perseguido y acusado de agitador. Aunque, a ciencia cierta, nadie podía determinar los motivos reales. La incertidumbre rondaba también entre los corazones.

El obrero federado *Edmundo Cordero*, encargado de publicar en la prensa obrera diversas noticias y artículos, arengó a los presentes al ver que la moral caía hasta el suelo.

> «Quienes conocimos al compañero Barrientos sabemos, con certeza, que no tenía ningún motivo que lo llevara a tomar esta determinación con su vida. ¡Compañeros, no hay que desmayar! Si algún día llegamos a comprobar el asesinato –de lo que no me cabe duda– hagamos justicia nosotros mismos».[70]

Las palabras de Cordero calaron todavía más hondo cuando los dirigentes federados tuvieron que pasar nuevamente a la oficina del extinto líder para recibir la noticia de que la policía finalmente había encontrado el arma.

---

[70] Idem.

Ahí está el revolver –apunto el oficial– bajo aquel mueble. Creo que el caso está resuelto ahora. No hay vueltas que darle al asunto y no tengo el ánimo –expresó al contemplar con desprecio el cadáver– de seguir en esto. Hay cosas más importantes que hacer. Llevaremos estos antecedentes al juez para que dé la orden de levantamiento.

Sin embargo, el caso no parecía cerrarse ahí. Para todos fue tan extraño el hecho de que «el arma estuviera desaparecida en primera instancia» y que luego apareciera de la nada casi a metro y medio de donde se encontraba el fallecido dirigente. Rodríguez no aguantó las ganas de enrostrarle esto al oficial.

¡Esto es una mentira! –gritó en presencia de todos– ¿Cómo va a ser posible que el revolver esté por allá? –midiendo a simple vista la distancia entre el escritorio y el mueble– ¿Cómo llegó hasta ahí? ¿Me va a decir acaso que le salieron patas?

Las palabras de Rodríguez provocaron la ira del oficial que casi se va encima del dirigente, teniendo que ser contenido. De no haber mediado los otros lo hubiera abofeteado con implacable brutalidad.

¡No diré más! –exclamó el oficial– ¡El que se atreva a cuestionar mi autoridad terminará peor que el difunto!

Rodríguez también tuvo que ser contenido por Maestre y otros dirigentes que le consolaron en su rabia y dolor. Dos horas después, la orden del juez local permitía ejecutar el levantamiento del cuerpo de Barrientos. Pedro 2° Ríos –Tesorero del Consejo N°2– gestionó la compra del ataúd en el taller de Sebastián Correa, conocido maestro carpintero y también político local quien dio todas las facilidades de pago posibles. Casi a mediodía, cuando la intensidad solar se posaba sobre las cabezas, el ataúd salía desde la sede del Consejo N°2 acompañado de un tumulto de obreros, mujeres y niños de La Colonia en dirección hacia la vivienda del fallecido dirigente. En el lugar, Laura –su esposa– aguardaba sin tener claridad del suceso. Al contemplar la masa que venía hasta su hogar supo prontamente que algo fatal le esperaba. Cuando el cajón de madera llegó hasta su puerta no le fue necesaria una explicación. Quiso sacar fuerzas pero su cuerpo no las tenía y se derrumbó en el acto. Viuda de hijo y ahora de esposo no le quedaría más consuelo que aquel que le brindarían los compañeros y compañeras del sector. Ofrendas florales y visitas de diversas lati-

tudes marcaron el desarrollo del velorio. La Región Minera sufría en sus entrañas pues uno de sus más queridos dirigentes había partido a esa tierra sin regreso.

****

Dos días duró el velorio de Carlos Barrientos. El dolor, especialmente de la gente de La Colonia, lo hizo parecer como toda una eternidad. Los comentarios del «arma perdida» y su posterior aparición a un par de metros del fallecido comenzaron a esparcirse y los cuestionamientos no se hicieron esperar entre las personas. Poco a poco se iba desacreditando la tesis inicial del suicidio. Por su parte, varios dirigentes obreros levantaron su propia investigación particular por considerar que el Juez Laiz Verbal no movería siquiera un dedo para aclarar el fatídico suceso. Constantemente se le veía a esta autoridad local visitar la administración de la compañía para recibir en el sitio las órdenes de los patrones del mineral.[71]

Aquellos que le conocieron sabían que no existían causas que le motivaran a tomar tal decisión. Solo la muerte de su hijo bien podría haber sido determinante o el estrés de la persecución. Salvo esto, no había más. Por el contrario, gozaba del aprecio de la gente, tenía una buena salud y siempre estuvo dispuesto para la lucha.[72] Las indagaciones llevabas a cabo por los mismos obreros arrojaron detalles de importancia rapidamente.

1) No se le conocían móviles para un suicidio.

2) Nunca se tuvo conocimiento de que poseía un arma.

3) Al analizar a simple vista el cuerpo, en su cabellera no había «rastro de quemadura». Esto era algo muy común de observar en las víctimas de suicidio por disparos en la cabeza con el arma apegada a las sienes o bien a corta distancia.

4) No habían conclusiones lógicas para explicar la desaparición del arma en primera instancia y su «inesperada aparición» a metros de la víctima. Nada explicaba como el fallecido largara el arma desde sus manos tan lejos después de haberse quitado la vida.

---

[71] La Región Minera, Coronel, 23/10/1921.
[72] Idem.

5) Pocos días antes del suceso, la sede del Consejo N°2 sufrió el robo de diversas especies. Los sujetos le hicieron un perfecto forado a la puerta para ingresar, saqueando documentos y actas.[73] El hecho también quedó en la impunidad aunque los dirigentes tenían identificados a los probables asaltantes.

6) Para muchos no era de extrañar que el material robado haya servido para falsificar la letra del fallecido dirigente. Conocidos eran ya los diversos falsificadores que existían en la zona y quizás uno de estos había sido pagado para escribir la nota encontrada en el escritorio de su oficina.

7) Mucho más contundente aún era la pista que brindó un niño del sector que vio salir a un hombre de la sede poco antes de que los dirigentes encontraran muerto a Barrientos en su interior. El detalle dado por el menor permitió que este sujeto fuera apresado y conducido ante el Juez.[74] Sin embargo, se supo que fue liberado en cosa de días por el simple hecho de haber negado su participación sin existir más indagaciones al respecto.

La muerte de Barrientos permanecería como llaga abierta y sus misterios aún más. La idea de una «mano negra pagada» que dio fin a la vida de tan querido personaje se replicó por las minas a medida que se iban vislumbrando y publicando los detalles señalados. Poco a poco el velo tendría que descocerse. Si una mano invisible era responsable de su muerte, los mineros de Schwager tendrían que saber vengar la sangre de su Secretario General, castigando a los culpables como se lo merecían.[75] Al menos ese era el sentimiento que recorría a hombres y mujeres de la zona aunque, al parecer, en una tierra sin ley ni justicia como esta, primaría el olvido y la falta de diligencias. Y eso, tristemente, por más sed de venganza, sería inevitable.

---

[73] La Región Minera, Coronel, 09/10/1921.
[74] La Región Minera, Coronel, 23/10/1921.
[75] Idem.

La última morada

El miércoles 19, poco antes del mediodía, los restos del querido Carlos Barrientos partían desde La Colonia con dirección a su última morada. El multitudinario cortejo estuvo encabezado por el «Orfeón del Consejo N°2» tocando numerosas marchas fúnebres seguido por más de 6.000 personas tanto de Coronel y de Lota que desafiaron la «prohibición» de asistir al funeral interpuesta por las autoridades y militares para impedir una propagación de la viruela.[76] De no haber existido esta prohibición muchísimos más se habrían dado cita para despedir a este admirado representante obrero. Funerales así pocas veces se habían visto en Coronel y sus alrededores.

El camino del cortejo fue largo y significativo. Desde La Colonia se bajó a las minas de Schwager para enfilarse posteriormente hacia Maule, lugar en donde se tomó el camino de Las Arenas para salir en línea recta hacia Villa Mora.[77] En este último tramo se ubicaba justamente el hospital y sus enfermos no quisieron estar ausentes. Autorizados por *Sor María Hortensia* –la venerada monja de los mineros– los enfermos en condiciones de caminar pudieron también aguardar la pasada de la multitud en medio de un cuadro lastimoso y emocionante. Con vendas limpias y con muletas permanecieron de pie. Sus ojos empañados en lágrimas eran el reflejo del dolor generalizado y, de no haber estado en tales condiciones, habrían querido sumarse al cortejo decididamente hasta darle sepultura a su líder.[78]

¡Barrientos no se quitó la vida! –gritó a viva voz uno de estos al paso de la caravana mortuoria– ¡Lo mató el capitalismo, los esbirros de la compañía son sus asesinos! ¡Aquí lo sabemos compañeros!

****

La entrada el Cementerio Municipal de Coronel casi pasó a convertirse en otra fatalidad. En el lugar, un contingente de militares se emplazaba en el acceso para esperar la llegada del cortejo. Superado

[76] La Región Minera, Coronel, 23/10/1921.
[77] Las Arenas se le conocía al sector donde están hoy los Piques Arenas Blancas.
[78] La Región Minera, Coronel, 23/10/1921.

ampliamente en número, el grupo de uniformados se cuadró altaneramente para impedir el trayecto al total de la masa. Uno de los dirigentes se acercó con toda amabilidad a uno de estos para solicitarle que se moviera y facilitar así el paso del ataúd. Como era de esperar, el Cabo aludido reaccionó con frialdad al sentirse apelado y cargó su carabina para apuntarla a las personas. De no haber intermediado el Diputado Pradenas –presente en el acto– la cosa bien pudo terminar en una situación lamentable, considerando además que el militar se encontraba en aparente ebriedad tan así que no podía ni sostenerse sobre su caballo.[79] Superada esta adversidad, la ceremonia final continuó con el itinerario previsto y ni los militares pudieron impedir el desarrollo del mismo.

Alrededor de aquel nicho que contendría los restos mortales de Barrientos se formaron los estandartes federados y los arreglos florales, destacando los de Puchoco-Schwager por sus hermosas cintas y significativas dedicatorias. La ceremonia comenzó con las palabras del Diputado Pradenas seguido en el acto por Fidel Rodríguez como representante del Consejo N°2. Rodríguez –quizás el más leal amigo y compañero del extinto líder– tenía el alma partida. En más de una ocasión las lágrimas le llevaron a interrumpir su discurso.

> «Compañeros y compañeras.
> En nombre de mis hermanos de trabajo, vengo hacer oír mi voz al borde de esta tumba. Hoy es el día más triste y doloroso para las clases proletarias carboníferas de esta región. En todos los ojos veo el llanto que revela que las almas están enlutadas, henchidas de angustia y dolor. El destino me puso aquí para dar el último adiós a mi inolvidable compañero Carlos Barrientos (…)
> En estos momentos, camarada: el plomo homicida de un revólver ha destrozado para siempre tu bella existencia, tu talento de luchador social incansable que a través del discurso y las palabras señalaste a las masas proletarias el camino de la emancipación que deben seguir los desheredados de la fortuna para defender sus derechos ciu-

[79] Idem.

> dadanos libres dentro de este recinto que ha sido feudo vergonzoso de la esclavitud (…) No olvidaremos que tú, querido amigo, dejaste una compañera que hoy llora esa suerte desaventurada pero nosotros estamos aún de pie para responder a sus necesidades y estar siempre en su auxilio (…)
> El recuerdo de tu nombre alumbrará nuestro corazón y, unidos como un solo hombre, seguiremos en la lucha. El día en que los trabajadores triunfen en sus aspiraciones, mientras tú duermes el sueño de la inmortalidad, volveremos a alzar tu nombre como baluarte de sacrificio.
> El Consejo N°2 se inclina reverente ante tu tumba. Adiós querido compañero, reposa en paz. El olvido existirá en los tiranos que te odiaron pero no entre los compañeros que defendiste en vida (…)
> A nombre de mis compañeros y compañeras te doy este último adiós, Carlos Barrientos Cárdenas, "libertador de los sectores carboníferos", mártir de la lucha».[80]

Las mujeres también se hicieron presentes con sus discursos y las sentidas palabras de Micaela Troncoso –en representación de su Consejo Femenino N°1 de Puchoco-Schwager–, *Paulina Garcés* –por el Consejo Femenino N°3 de Maule– y *Dolores Amaya* –en presencia del Consejo Femenino N°1 de Lota– emocionaron a la gente. No cabe duda que el rol que jugó Barrientos en la organización femenina del carbón marcó un antes y un después para la mujer proletaria. Así lo hizo saber Paulina Garcés quien destacó su admirado trabajo.

> «Mi corazón siente un inmenso dolor al contemplar este féretro donde yace el más prestigioso de los hombres, el que nos guio por el sendero de la unión y la fraternidad de los proletarios que estamos presentes y ausentes a la vez (…) Él fue quien nos dio la luz y la inteligencia para luchar por el bien común y general.
> Me cabe también dejar en manifiesto que el ser que aquí hemos perdido tenía para nosotros un inmenso valor. Él

[80] Idem.

> fue para nosotros como un padre, llegando hasta darnos la vida como prueba de su sinceridad, honradez y honor en la lucha de la humanidad proletaria.
> Créanme que siento su partida al igual que su familia, el dolor me embarga el corazón. Así también lo sienten las compañeras del Consejo N°3 de Maule (…) Prometemos llevar el recuerdo imperecedero tanto en la mente como en el corazón de este hombre que sacrificó hasta la vida en beneficio nuestro».[81]

Misma línea replicó también Dolores Amaya en representación de las mujeres de Lota, manifestando su profundo pesar y dolor por la muerte del dirigente.

> «Todos saben la forma trágica por la cual sucumbió este camarada. Ha caído en la mitad del camino, vencido por la maldad de los hombres, por las canalladas del mundo y por el egoísmo que aún domina a la humanidad.
> La vida del compañero Barrientos está preñada de enseñanzas. Su espíritu enorme lleno de amor por las causas redentoras de los obreros, su resolución inquebrantable de llegar hasta la meta en la lucha económica y social de los más humildes, todo eso, compañeros, constituye una de las páginas más bellas de una vida consagrada al servicio de este noble y elevado ideal.
> Las mujeres obreras de Lota, las esposas, las hermanas, las hijas de los hombres rudos de la mina sienten en sus carnes propias este latigazo enorme que significa el desprenderse de nuestro compañero. Al borde de su tumba lo despiden, transmitiendo a sus hermanas de Schwager la expresión más sentida de su sentimiento de dolor».[82]

Uno de los discursos más politizados estuvo a cargo del compañero coronelino *Marcos A. Barrera*. No escatimó en culpar al sistema capitalista, al empresariado y a los enemigos del pueblo pobre como los verdaderos verdugos del fallecido dirigente.

---

[81] Idem.
[82] Idem.

> «Las palabras de fraternidad y amor de Barrientos recorrieron la región en alas de fuego y los trabajadores sintieron a su paso inflamados sus pechos ante las expectativas sublimes de un futuro hermoso en la era armónica y feliz del mañana.
> Pero el destino siempre adverso con el pueblo nos privó de llegar al final de nuestro camino con el más estimado de nuestros grandes compañeros, derribando al que nos hizo vislumbrar la aurora revolucionaria y la emancipación obrera (…)
> ¡Su muerte fue sombría y siniestra! La maldita mano de hierro del capitalismo se desplomó sobre sus víctimas y fue un nuevo y desesperado esfuerzo de este monstruo, incapaz de librarse de todos los zarpazos de la historia.
> ¡Juventud obrera y socialista! Que la muerte del compañero Carlos Barrientos sea para vosotros una confirmación de que hay que cumplir dignamente vuestra misión de combatientes de vanguardia en las luchas libertarias de las masas trabajadoras y oprimidas (…) Cada gota de sangre de nuestros muertos será una semilla de combatientes para las futuras luchas».[83]

Las palabras de Barrera fueron secundadas también por varios dirigentes más, destacando entre estos Guillermo Vidal –del Consejo N°1 de Lota–, *Zoila Rubio* –de la Cruz Roja– y Roberto Rojas, máximo representante de la Junta Departamental de la FOCH.

Finalmente, cuando los prolongados discursos y oradores menguaron, un selecto grupo de obreros tomó el ataúd para depositar el cuerpo del dirigente en el nicho que le contendría en adelante. No se escucharon más llantos solo consignas libertarias y redentoras.

El joven «libertador del carbón» descansaba para la eternidad y en su lápida descubierta pudo apreciarse una sentida dedicatoria:

«Los obreros de la FOCH, Consejo N°2 de Schwager, en señal de cariño dedican a ti este recuerdo inolvidable y querido compañero».

---

[83] Idem.

Consideraciones finales

La muerte de Carlos Barrientos siguió generando ecos incluso a meses del triste episodio. Desde el Consejo N°1 de Arica enviaron un telegrama de pésame para la viuda del extinto dirigente, destacando sus sacrificios como valiente luchador. Asimismo, reconocían en ella la figura de una «heroína» para toda la zona carbonífera.[84]

El nombre del libertador del carbón vuelve a la escena para dar vida a una nueva y humilde organización obrera. Justamente, para el transcurso de noviembre del mismo año, surgió el «Centro de Arte y Revolución Carlos Barrientos» dedicado a dar conferencias sobre las problemáticas sociales así como también a las expresiones artísticas enmarcadas en el teatro popular y la música orquestal desarrolladas por los propios obreros de la ciudad. La primera de sus conferencias fue llevada a cabo en el sector de Playas Negras y terminó siendo un verdadero éxito, asistiendo todos los trabajadores y sus familias. Las siguientes jornadas se realizaron entre Maule y Buen Retiro. Ya más adelante, el Centro Carlos Barrientos encabezará con orquesta y con teatro las actividades obreristas y el recibimiento de figuras como la de Luis Emilio Recabarren en la zona.

Carlos Barrientos, al parecer, «había muerto para vivir».

****

De la resolución judicial del caso ni hablar. Nunca hubo vestigio de justicia alguna. Incluso se sabe que existieron más detenidos y, al igual que lo ya relatado, fueron dejados en libertad sin mayores problemas. Un año después, en diciembre de 1922, el caso continuaba a la deriva y sin mediar acción alguna.[85] De seguro fue olvidado como muchas otras muertes así y la justicia local lo dejó como suicidio.

Lo que sí generó revuelo fueron los comentarios de obreros del sector Puchoco-Schwager que aseguraron que, a los días posteriores del fatal suceso, la compañía habría ofrecido un banquete a sus empleados menores, instigadores, sapos y sicarios. Sin embargo, lo más

[84] La Región Minera, Coronel, 17/11/1921.
[85] La Jornada Comunista, Valdivia, 06/12/1922.

grave ocurriría ya en enero de 1922, cuestión que incluso bien pudo tener consecuencias mucho más desastrosas. Comúnmente, obreros federados realizaban visitas a los enfermos del Hospital de Maule en función de poder colaborar en sus necesidades. En los primeros días del mes aludido, mientras un grupo de obreros visitaba a un compañero herido, descubrieron que en la misma sala se alojaba un sujeto llamado *Eduardo Rodríguez*, traidor de la causa obrera y reconocido ladrón de los recintos. Este hombre además era culpado por vecinos de La Colonia como responsable del robo de la sede del Consejo N°2 junto a varios más que también estaban identificados. Viéndose casi acorralado, el sujeto arrancó desde la sala acusando que el grupo de obreros había venido a matarlo. Las monjas se pusieron al habla con la policía schwagerina quienes se toparon media hora más tarde con el grupo de obreros a las afueras del hospital. Sin mediar siquiera el diálogo, los uniformados dispararon sus carabinas sobre el grupo de los cuales el obrero Andrés Vera resultó herido de gravedad. En ese mismo instante, llegó también el Sargento Osorio –reconocido como constante hostigador de los obreros– quien pateó reiteradamente al herido en el suelo. Vera quedó con tantas hemorragias producto del disparo y la golpiza que no se sabía si se escaparía de la muerte.[86]

No era de extrañar que sujetos como el aludido –sindicado por el robo del Consejo N°2– y otros tantos traidores a sueldo como este pudieran estar involucrados en acontecimientos de este tipo o en las escaramuzas de la muerte de Carlos Barrientos. La compañía amparaba a los traidores en el hospital y en cualquier lugar o bien la paga era tan buena que se iban de la ciudad sin dejar rastro alguno. Cosas así daban aún más para pensar que Barrientos había sido asesinado y que sus culpables bien podían estar celebrando libremente en esta ciudad o en otras latitudes a costa del buen pago de la compañía.

****

La viruela seguiría ocasionando estragos en la población. Hacia el mes de noviembre de 1921 se estimaba que unas 300 personas de Puchoco habían muerto a raíz de la peste. La alarma llegaba también

[86] La Región Minera, Coronel, 18/01/1922.

a Lota y los obreros clamaban la ayuda del gobierno. No contaban ya con recursos en sus organizaciones para seguir comprando insumos o medicamentos que la «Dirección de Sanidad ni siquiera se dignaba a entregar» argumentando que dicha labor «no les correspondía» ya que los indigentes dependían de las Juntas de Beneficencia.[87] Serían los obreros que se encargarían de continuar las labores iniciadas en octubre por Barrientos, desinfectando viviendas y organizándose en cuadrillas para enterrar a sus muertos.[88]

Y pasarían muchos meses más así.

En julio de 1922 Coronel aún solicitaba recursos para combatir la peste. El municipio local ahora manifestaba ya no tener más.[89]

Lo cierto es que la cuestión de la viruela no solo se daba en esta zona. Miles y miles de brotes se replicaban de forma paralela por las ciudades más empobrecidas del país. En el transcurso de 1922 dicha cuestión llegó a su punto más crítico y el gobierno se vio forzado a la promulgación de una ley rápida que entregara los recursos para que las comunidades pudieran combatir la peste.

Las medidas del gobierno fueron bastante tardías.

No existen grandes investigaciones al respecto que permitan la cuantificación de las consecuencias de aquella peste en el país. Es un hecho sí que hacia 1923 los contagios disminuyeron y la mortalidad descendió considerablemente por las campañas de vacunación y los trabajos realizados en los lazaretos.

De no haber sido por los mismos obreros y por el trabajo que el propio Barrientos inició en la ciudad antes de su muerte es probable que «no hubiera quedado nada de pueblo que defender».

****

Las revueltas sociales continuarían incluso con la viruela.

El año 1922 comenzaría con nuevas huelgas. Las compañías, en consideración de las prácticas de las empresas navieras en el puerto de Valparaíso, querrán aplicar el lockout en las minas para justificar

[87] Cámara de Diputados, Sesión Extraordinaria, N°11, 10/11/1921.
[88] Idem.
[89] Cámara de Senadores, Sesión Ordinaria, N°26, 18/07/1922.

el despido masivo de hombres especialmente aquellos vinculados al movimiento obrero. Primero dejaron de vender harina, luego disminuyeron la cuota de carbón para las familias y, cuando vieron que ni el hambre ni el frío alteraban las convicciones de los Consejos Federales, amenazaron con cerrar las minas y con despedir a más de mil hombres que, a juicio de estas, sobraban en las faenas. Sin embargo, en el fondo, lo que buscaban era destruir la organización minera con la intención de recobrar el control de los trabajadores. La FOCH, por ese entonces adherida a la «Internacional Comunista», resistiría los embates de los patrones durante más de 80 días los que, finalmente, se verían obligados a pactar con los obreros y a desistir –a lo menos durante 1922– de los despidos encubiertos de una «crisis que nunca existió».[90]

****

Lamentablemente, el tiempo es el peor enemigo de la memoria.

En las décadas venideras, el recuerdo de Carlos Barrientos solo sería mudo vestigio de la lucha de los mineros. Un grupo de jóvenes de la Población Salvador Allende ha querido levantar su ejemplo con un modesto pero comprometido colectivo de resistencia cultural.

Más allá de ellos, nada. Ni autoridades, ni socialistas, nada.

No le vemos en ninguna escuela, no le vemos en ningún acto de lucha social. Nadie conoce siquiera que este libertador del carbón es –guardando las proporciones– el Luis Emilio Recabarren de nuestra historia local, uno de los que ganó la jornada laboral de ocho horas.

Su nombre, casualmente, se encuentra en dos calles de nuestra ciudad. Una ubicada en el sector de la Berta y la otra a un costado de nuestro Cementerio. En este último, aún es posible apreciar su nicho con la sentida dedicatoria de los obreros que tanto lo quisieron. Solo un pequeñísimo grupo de personas le recordamos para cada aniversario de su muerte. Justamente, el 2021, se cumplirán 100 años.

La invitación queda hecha para que le recordemos en conjunto.

De su ejemplo deben nacer las esperanzas del mañana.

---

[90] La Región Minera, Coronel, 23/03/1922.

LUZ Y REBELDIA

Quincenario Anti-político, Educacionista y Revolucionario

Editado por miembros del Centro Domingo Gómez Rojas

CASILLA N.° «ARTE Y REVOLUCION» PRECIO 0.20 ctv.

AÑO I CORONEL, JUEVES 1.o DE DICIEMBRE DE 1921 N.° 1

Compañero Carlos Barrientos Cardenas

Luchador incansable y decidido en pro de la causa proletaria, muerto tràgicamente en la Secretaria del Consejo N.o 2 de Puchoco Schwager, el 17 de Octubre de 1921.

Portada del periódico *Luz y Rebeldía* de Coronel con alusión a la muerte de *Carlos Barrientos*. Esta litografía fue realizada en base a la única fotografía existente del fallecido dirigente. El periódico citado no tuvo ejemplares posteriores.

Bibliografía

Libros, artículos y otros.

- Camilo Santibáñez. *Los trabajadores portuarios chilenos y la experiencia con la eventualidad: conflictos por la redondilla en los muelles salitreros (1916-1923)*. Chile, 2017.
- Francisca Durán. *El discurso socialista en la Federación Obrera de Chile: lucha discursiva y juego de lo hegemónico, residual y emergente entre los años 1913 y 1919*. Tesis para optar al título de Magister en Historia en la Universidad de Chile. Chile, 2016.
- Jorge Barría. *El movimiento obrero en Chile*. Chile, 1971.
- Jorge Rojas. *Trabajo infantil en la minería: apuntes históricos*. Revista de Historia de la Pontificia Universidad Católica, Vol. 32, Chile, 1999.
- Renato Araneda. *Un Gran Espíritu de Servicio: Historia y Recopilación de la Primera Compañía de Bomberos de Coronel (1904-2018)*. Chile, 2018.

Diarios, revistas y periódicos.

- El Alba, Coronel, 1903.
- La Región Minera, Coronel, 1921-1922.
- El Sur, Concepción, 1921.
- El Pueblo, Coronel, 1919-1920.
- La Razón, Coronel, 1916.
- La Jornada, Schwager (Coronel), 1920.
- El Mercurio, Santiago, 1920.
- La Jornada Comunista, Valdivia, 1922.
- Revista de la Habitación, Santiago, 1922-1924.
- Cámara de Diputados, Sesión Extraordinaria, N°11, 10/11/1921.
- Cámara de Senadores, Sesión Ordinaria, N°26, 18/07/1922.
- Archivos Históricos del Registro Civil, Coronel, 1921.

Escrito en Coronel

Al sur del mundo en el sur

2020